

¿Dónde estarán los fantasmas?

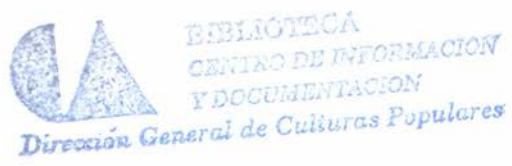
RELATOS DE TESOROS, APARECIDOS Y ESPANTOS



RELATOS DE TESOROS, APARECIDOS Y ESPANTOS



(8028)



¿Dónde estarán los fantasmas?

¿Dónde estarán los fantasmas?

Relatos de tesoros,
aparecidos y espantos



Clasif. _____
Adj. _____
Fecha _____
Proced _____

Museo de Culturas Populares e Indígenas de Sonora

Lic. Rosa María Ceballos Carrero
DIRECTORA

El Colegio de Sonora

Dr. Ignacio Almada Bay
RECTOR

Universidad de Sonora

M. C. Jorge Luis Ibarra Mendivil
RECTOR

M. L. Antonio Villa

DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE HUMANIDADES Y BELLAS ARTES

Mtra. Amalia Hoyos Arvizu

JEFA DEL DEPARTAMENTO DE LETRAS Y LINGÜÍSTICA

Culturas Populares

Antrop. Lorena Vázquez Rojas

Ling. Maximiliano Muñoz Orozco

RESPONSABLES DE LAS MESAS DE CULTURA Y MEMORIA HISTÓRICA

D. R. © Museo de Culturas Populares e Indígenas de Sonora
Comonfort y Dr. Hoeffler, Centro
Hermosillo, Sonora, México
C. P. 83200

ÍNDICE

Presentación	9
------------------------	---

I) Leyendas populares	Página
El Josó	13
Ambición	15
El gabán	19
Leyenda de las tres cruces	23
En el panteón	27
Algo en la lluvia	31
Las algarrobas	33
Historias de mi abuelo	37

II) Cuentos

El verdugo	41
El desierto	49
El regalo de Pablito	53
El cuadro	57
La Malora	61
Exquisito aquelarre	67

III) Relatos

¿Dónde estarán los fantasmas?	75
El picajuyendo	79
La maldición de Cabanahua	85
Le decían el loco Juan	89
Maldito viento, maldita lámpara	97
Una familia de músicos	103
El entierro del Átil	107

Presentación

Un método para conocer sobre la vida y costumbres de los habitantes de alguna región se da a través de los cuentos y las leyendas que son narradas por los propios habitantes.

Hay ocasiones en que esas narraciones pasan por boca de varias generaciones, con algunos agregados u omisiones conforme se van contando, pero guardando su esencia en el tiempo, y es ésta la mejor forma de guardar el conocimiento y las tradiciones de los pueblos.

En Sonora, particularmente en la zona serrana, se acostumbra al final del día reunirse a contar historias, algunas son tan exageradas que se han hecho famosas y las reuniones donde se dan este tipo de historias se les ha dado en llamar "mentideros".

Las narraciones que hoy presentamos referentes a fantasmas, aparecidos y tesoros enterrados, fueron recopilados por la Unidad Regional Sonora de la Dirección General de Culturas Populares a través de un concurso sobre este tema que se llevó a cabo en noviembre de 1997 y donde participaron como dictaminadores personas de reconocida calidad literaria de El Colegio de Sonora y de la Universidad de Sonora.

Después de revisado el material, se tomó la decisión de publicarlo en coedición con el propio Colegio y el Departamento de Humanidades de la Unison. Por tratarse de un trabajo de recopilación, se intentó mantener la forma literaria original de cada participante ya que, en algunos casos, fueron relatos transcritos de la expresión oral de algún habitante de Sonora.

Siendo un rescate de las historias que son parte de nuestra cultura, la Dirección General de Culturas Populares a través de la Unidad Regional agradece tanto a todas las personas que participaron en la convoca-

toria del concurso, y especialmente, a la Universidad de Sonora y a El Colegio de Sonora por su apoyo para la difusión de este material el cual deseamos sinceramente que usted lo disfrute.

Rosa María Ceballos Carrero

I. Leyendas Populares

EL JOSÓ

Mi tata me cuenta que cuando ni había aquí nadie, había una muchacha que vivía en una cueva y que tenía mucha comida, y que la encerraban con una piedra muy grande para que no se saliera.

Un día se salió y un vaquero vino con ella para el pueblo, —La Lomita—. Se vino muy enojado Josó su marido, pero la tenían en tres puertas para que no viniera a sacarla Josó, y cuando faltaba tumbar la última puerta para llevársela, la mató el papá.

El Josó tuvo dos críos, el vaquero únicamente se trajo a la niña. La pusieron en la escuela pero era muy brava no quería aprender.

Josó era muy grande y peludo, que tenía orejitas como perro y patas peludas y anda como anda la gente. Le gusta robar a las mujeres para llevárselas al monte y encerrarlas en cuevas. El Josó no come comida cocinada, toda cruda, pero sí entra a la cocina.

De la niña no se supo si murió, ya que eso dicen que ocurrió hace muchos años, cuando el Pima dominaba toda la "región de Yécora."

Leyenda Pima
Narrada por : Adelaida Duarte Jiménez
Actual gobernadora de la comunidad
"Juan Diego de los Pimas"

José Abraham Franco Osuna

AMBICIÓN (Hecho verídico)

En mi afán de tener cada día más y de poseer riquezas a cualquier precio, no medí las consecuencias, y algo que comenzó como un juego, se vino a convertir en la más horrible pesadilla, la cual acabó por destruirme.

El fin de semana, uno como tantos en los que me dedicaba por entero a mi gran afición: "la búsqueda" de tesoros. Aquello me enloquecía, era como si de repente fuera otro. Antes había encontrado pequeños entierros de objetos valiosos, pero no era suficiente yo quería mucho más, tanto como fuera posible y no iba a descansar hasta lograrlo. En realidad vivía bien; gracias a mis otros trabajos tenía autos, viajes, una casa que crecía día con día, estudios para mis hijos y una esposa a la que adoraba. ¿Qué más podía pedir?

El sitio, una cueva en lo alto de una montaña; el grupo, el de siempre: dos amigos y yo. La escena era siniestra. Me había topado con cosas feas y escalofriantes, pero esta era mayor. A fantasmas y aparecidos me había acostumbrado, pero esta era especial. Algo

grotesco sin duda. Mis amigos, si es que así los podía llamar, dijeron que era el indicado para hacer el trabajo, claro estaba que la repartición no sería por igual y, en efecto, yo me llevaría la mejor de todas.

Aquella noche hacía un aire helado que traspasaba los huesos de una forma cruel, cosa rara en el mes de julio. Una serie de fríos y sudores recorrían todo mi cuerpo. Una vez cavado bastante hondo, logré tocar la caja. De repente, escuché unas voces como salidas de las entrañas de la tierra que me llamaban. Todo ello era pasmoso: hubo momentos en los que estuve a punto de flaquear, pero no iba a detenerme, ya estaba ahí y no podía dar marcha atrás, y cómo hacerlo, si lo que había dentro de dicha caja, significaba el fin de la maldita pobreza en la que viví toda mi vida.

Un crujido por demás horrible y rechinante se escuchó al abrirla, quedé paralizado, inmóvil ante tal situación; el pánico se apoderó de mí; mis ojos no daban crédito a lo macabro de mi hallazgo. Inmediatamente, una ola de vientos huracanados invadieron el lugar, pero lo que más me petrificó, fue el gemido infernal que salió de ella y el cual parecía quererme decir algo. Todo transcurrió en unos cuantos segundos, de ahí no supe más, caí sobre la caja sin sentido.

Al volver en sí, era ya entrada la madrugada. No había nada a mi alrededor; ni mis amigos, ni la caja. Salí como pude de lo profundo, de la pestilente fosa y juré que nadie más sabría lo que vi allí abajo, pero no haría falta, ni yo mismo lo recordaría más tarde. Lo que no imaginé, es que mi vida ya no sería la misma a partir de ese momento.

Pasados unos días, comencé a sentirme mal; me hice estudios, seguí tratamientos y nada, no hubo mejoría, al contrario, empeoré. A los tres meses me desahuciaron; a los seis, ya era una sombra de lo que fui, estaba irreconocible. Era un ser diminuto que no podía valerle por sí mismo; no hablaba, no comía, no reconocía a nadie,

mi mirada estaba ida, ausente por las noches, tenían que amarrarme a la cama, pues era presa de ataques incontrolables, sentía claramente como si fuera poseído. Mi voz cambiaba de un tono a otro; mi aspecto, pálido y envejecido. Mi rostro, no reflejaba otra cosa que la muerte a todas luces.

Cuánto hubiera dado en aquel instante por regresar el tiempo y hacer que las cosas cambiaran su rumbo, pensar que solo se trataba de una pesadilla como cualquier otra de la cual tenía que despertar, pero no fue así; era demasiado tarde para arrepentirme y pedir perdón al que todo lo ve y escucha, sin otra pretensión, que la más sencilla y humilde acción, que la de hablarle, pero ni siquiera en eso podía razonar. Imposible, no era dueño de mis actos, estaba ido, postrado por un lapso determinado en aquella cama donde posteriormente pasaría a otra; un espacio que sería mucho más angosto y compacto que todos los que hasta ahora había utilizado.

Mi vida, a corto plazo, se aproximaba a su destino, el que todos dicen, no existe, pues es uno, el que se conduce a él con la más entera libertad de elegirlo, ya sea para su dicha o su desgracia.

Por último, como todo lo que mal empieza, igual termina, el nefasto día llegó. El tiempo, ocho meses de insana agonía. Fui sepultado en una caja en la que no creí haber jamás. Pero no fue la muerte física la que todos vieron en mi ese día, sino la piltrafa que quedó, pues aunque nadie lo vio así, yo dejé de existir esa misma noche, en la que el alma salió de mí, y un espíritu, que quizás nunca descansa en paz.

EL GABÁN

La curiosidad no pudo tanto como el miedo, así que se limitó a reconocer el lugar y acicateó a su caballo que, inquieto, sólo esperaba una indicación para emprender desaforada carrera.

Muy temprano al día siguiente buscó a Don Juan, su compadre, para proponerle el trato: se trataba de un entierro, estaba seguro, pero necesitaba ayuda para sacarlo; había reconocido el lugar pero era necesario volver a ver las tenebrosas llamas para saber exactamente el sitio donde se habría de cavar. La cita fue a las doce de la noche en la barranca del cuervo, lugar de la aparición.

Desde las diez de la noche ya estaba allí, su impaciencia le había impedido pensar o hacer algo más. Los cigarros volvían a fluir por sus labios, temblorosos, a la expectativa, llamitas que se confundían con los copechis que, como ahora, danzaban frenéticos inventando el aquelarre. El reloj dio las doce y el compadre Juan no llegó. Sus ánimos, relajados ya dentro de aquel cálido gabán que le proporcionaba un poco de calor y seguridad, estuvieron dispuestos a prolon-

gar la espera sólo un poco más, pues era demasiado tarde para estar allí como pendejo, esperando algo tan absurdo como una llamarada espontánea al centro de la oscuridad. Su pie izquierdo ya se posaba en el estribo cuando un crepitar de fogata y una luminosidad intensamente amarilla le obligó a volver sobre sus espaldas: allí estaba de nuevo, soberbia, extraña, lúgubre en medio de la neblina que unos minutos antes había llegado.

Esta vez no se le cayó el cigarro, permaneció en guardia tratando de controlar a su corazón que galopaba desbocado, y a su caballo que pretendía imitarle. Pero la lumbre se fue como apareció, silenciosa y repentinamente. El explorador se acomodó dentro de su gabán como un acto de autoafirmación, y avanzó decidido hacia el lugar del fuego con una estaca y una piedra; no tenía ninguna intención de cavar él sólo, el miedo seguía moviéndolo más que la ambición, solo quería dejar la estaca clavada como marca que indicara el lugar preciso. Los golpes de la piedra se escucharon secos sobre la estaca y en medio de la cada vez más densa oscuridad, sus ojos se detuvieron aún en escudriñar el paisaje, aspiró una bocanada de aire fresco antes de levantarse y partir.

No pudo siquiera extender las rodillas, algo lo jaló por el cuello desde dentro, tal vez muy dentro, de la tierra. Su piel se erizó, sus ojos casi salen de sus órbitas, y su corazón se detuvo para siempre, ¡ah! y también se cagó.

Don Juan llegó minutos después, con la prisa dirigiendo sus movimientos, sólo para tener que desclavar el vuelo de aquel gabán que había sido anclado al suelo con una estaca ingenua y poco briosa; y, por supuesto, para desenterrar alegremente un magnífico tesoro de

huesos de algún pirata o revolucionario que por lo visto era bastante incendiario. Como antropólogo físico, el susodicho Juan encontró aquel hallazgo fenomenal y alegróse el sencillo cual si hubiera sido el afortunado ganador de la lotería.

Ramón Manuel Pérez

LA LEYENDA DE LAS TRES CRUCES

Corría el año de 1905, ciertas familias que habitaban en las márgenes del río Mayo decidieron establecer su propia comunidad.

Fue la señora Carmen viuda de Santillán quien les vendió un terreno agrícola (6 has.) ubicado en el cuadrilátero 14 del municipio de Etchojoa, en donde se instaló "La Villa", y fue hasta el año de 1946 cuando se le anexó Tres Cruces.

En ese año, según testimonio de Marcos Villegas Buitimea (pionero del lugar), La Villa era una comunidad indígena, muy religiosa, las pocas casas que había eran de adobe con techo de pino y carrizo. Enormes mezquites y terrenos agrícolas conformaban los límites de la comunidad.

Así, en 1946, La Villa fue objeto de un acontecimiento que contribuyó a conformar su nombre actual.

Cuenta la leyenda, que en ese tiempo, tres delincuentes de nombre aún desconocidos por la historia, asaltaron una joyería en la ciudad de Navojoa. Valiéndose de su astucia burlaron la ley y decidieron esca-

par rumbo al municipio de Etchojoa; en ese tiempo al grupo de la judicial se le llamaba "Cordada", pues estos policías siguieron a los delincuentes en sus fuertes caballos, y se tomaron toda la noche en seguir sus rastro. Al fin, casi al alba, lograron darles alcance a la altura de La Villa. Siendo la madrugada, les quitaron el botín, que era un cargamento de joyas de oro y fina pedrería.

Los delincuentes no tuvieron perdón y ante la incredulidad de los habitantes de La Villa, los policías los colgaron de unos grandes mezquites que se erguían a la entrada del pueblo.

En un gesto de buena voluntad, la gente sencilla, creyente y campirana de La Villa se tomó la noble tarea de bajar los tres cuerpos y darles cristiana sepultura precisamente ahí, en la entrada de La Villa.

Ante esto, la comunidad decide anexar a La Villa el nombre de "Tres Cruces" en memoria de los tres cuerpos que acababan de sepultar.

Así a partir de 1946, la comunidad adquirió el nombre actual "Villa Tres Cruces".

Actualmente, la comunidad cuenta con aproximadamente 500 habitantes, ha tenido un crecimiento notable y aquellas tres cruces que daban la bienvenida al pueblo dieron paso a nuevas viviendas.

Sin embargo en la noche sin luna, hay quienes afirman oír ruidos de cadenas y galopes de caballos. Incluso, existe el testimonio de un taxista de nombre Germán Monge Valenzuela quien cuenta que en cierta ocasión, aproximadamente como a las 11:45 de la noche, al pasar por el lugar tres sujetos le hicieron la parada, debido a la oscuridad de la noche, el taxista no los pudo describir bien, pero aseguró que al detenerse a la orilla del lugar, los sujetos ya no estaban ahí.

Al igual que él, son varios los transeúntes que afirman ser interceptados en la oscuridad de la noche por estas personas inexistentes.

El pueblo dice que son los tres muertos de las tres cruces que regresan del infinito en busca del botín que alguna vez tuvieron y no pudieron disfrutar.

Lo cierto que hoy, a umbrales del siglo XXI constituye una de las leyendas más interesantes del sur del estado.

Alma Rosalía Campoy Z.

C. I. D.

EN EL PANTEÓN

El dos de noviembre, durante el día, la feria se instala en el panteón: se vende comida, hay bebida, y a veces hasta la música anima a las ánimas de los que esperan del otro lado. Cuando el sol se marcha, la noche se ilumina con velas y los murmullos se reparten entre las cruces, silencios profundos se dan cita, y uno de ellos es alterado por un lamento que corta la noche con cuchillo ensangrentado.

Un hombre con el aura crispada y la mirada esquizoide cae de rodillas a los pies de una lápida cuyo epitafio dice:

JUSTINA BRACAMONTE

1929 - 1968

Tus hijos lloran la

partida

—¡Madre!, —grita en sollozos el loco mientras su frente se enfría en el mármol y las frecuentes convulsiones mojan en lágrimas sus cabellos.

Allí, de pinicuchi, como en actitud árabe de adoración, los recuerdos le van apareciendo taciturnos e impávidos como fantasmas. Ve pasar, tras una cortina de niebla inmemorial, las caricias maternas sobre su cabecita de siete años, los paseos tomado de la mano de aquel aroma peculiar y de la seguridad maternal. La imagen poco a poco se aclara:

Entran de la mano a una zapatería, ella pide a la empleada lo que el niño ha elegido: unos bostonianos negros de pinta intachable. Su rostro de señora respetable asume una pose de suma gravedad, se ha enojado por la elección de su hijo pero no considera de buen gusto imponer su voluntad a secas: así que al salir, permite que el infante lleve los zapatos en la manita derecha mientras férreamente aprisiona la pequeña muñeca izquierda limitándose a afirmar con estudiado y gélido tono: —si te fijas, son más bonitos los que yo te había escogido. ¡Chantajista puerca, puta, vaca, cuerno de las mil estirpes, muerte sucia que no dejas tiempo para la regeneración!

El silencio de la muerte reponde a ese grito y un miedo desdentado inunda el pecho de Sebastián. Los temblores corporales vuelven con su carga de angustiosa taquicardia, y el paranoico huye entre la oscuridad para caer de bruces al centro de un círculo de hombres con sombrero que, sentados en el suelo, compartían una botella de Bacanora. Uno de los señores, con una guitarra sobre las piernas, saborea su trago, se limpia la garganta con sonoros carraspeos y escupe una sustancia verde y gomosa sobre el rostro del caído, antes de empezar a entonar un lastimero corrido.

Con torpes maneras, Sebastián se levanta sin dejar de mirar aquellos rostros, y trastabilla buscando ca-

minos más iluminados entre las cruces. Una silueta blanca alcanza a su vista y sus ojos se paralizan de terror cuando un relámpago ilumina el espectral rostro maternal venido del más allá para posarse ante su conciencia y su incredulidad. Sebastián contempla a su madre que severa lo mira desde esa otra dimensión, y un llanto tembloroso acude de nuevo a su garganta, pero esta vez más alto, más denso, más elocuente.

—¡Allá está!, —grita una voz en la oscuridad —¡Es el loco de la placita de los Tres Pueblos!, —dice otra más con aires de suficiencia.

Los policías esposan a aquel iluso que permanece con los ojos cerrados y una expresión de horror en sus facciones. ¡Jálale cabrón! ya ni la muerte respetas jodido, a ver si a la otra le vas mejor a gritar a tu chingada madre.

Ramón Manuel Pérez

ALGO EN LA LLUVIA

Al final la tarde se había nublado. Empezaba a oscurecer cuando Esteban salió a recorrer las calles del pueblo que, a pesar de que era temprano, todavía estaban desiertas. Miriam se había quedado en el hotel esperándolo, estaba cansada y no quiso venir con él. Un relámpago iluminó el horizonte. En vano esperé el trueno. Repentinamente recordé las palabras de Don Fermín, el dueño del hotel, que por la mañana, cuando volvían del paseo por el río, les dijo que no saliera por la tarde. Esteban no pudo contener la risa al oír sus razones para tan extraña advertencia. "Gente de pueblo", pensó.

Extrañamente la llovizna comenzó así, sin viento, como un rumor que poco a poco escapaba del silencio. Esteban se detuvo bajo un árbol para guarecerse, encendió un cigarro y trató de vislumbrar algo de vida en las casas. No lo consiguió. La gente que invadió las calles por la mañana había desaparecido. Esteban empezó a caminar rumbo al hotel.

La lluvia pronto cobró fuerza. Contra su voluntad Esteban tuvo que parar y meterse a la cornisa de una casa. La noche era una presencia que se amoldaba a las

calles. El hotel estaba cerca. Esteban sólo tenía que correr calle arriba, cortar por el callejón que había visto cuando regresaban del río y, finalmente, se encontraría a salvo del agua, de la soledad que se tragaba el pueblo.

La decisión estaba tomada. Esteban tiró la colilla, respiró hondo y emprendió la carrera. En el lodo quedaban las huellas que el agua desaparecía rápidamente. Las casas pasaban oscuras, confundidas con la noche y la lluvia. Al dar vuelta en el callejón Esteban paró en seco. Una luz se acercaba desde el otro extremo, flotando en la oscuridad reinante. Al principio Esteban sintió miedo, pero cuando el hombre tomó presencia, la tranquilidad volvió a él; lo saludó. El hombre no contestó y siguió caminando: el candil colgaba de una de sus manos. Esteban lo miró pasar y, entre la penumbra creada por la luz, también alcanzó a ver la vaina que llevaba a la cintura y que la capa no lo lograba ocultar del todo bien. La lluvia permanecía. Esteban fue tras el hombre: el agua inundaba su mirada y solo alcanzaba a distinguir una silueta confusa de la que creía hallarse muy lejos. De pronto sintió el tacto húmedo y suave de la tela. Saludó una vez más. El hombre dio la vuelta. Un haz brillante cortó la noche, el aire, la lluvia y el grito que Esteban creyó escuchar como un eco lejano de su voz.

(Por la tarde la gente se va a encerrar en las casas. Todos los años la lluvia, la primera lluvia lo trae de regreso. Nadie sabe quién es y prefieren no averiguarlo. Los más viejos del pueblo dicen que él ya existía antes que ellos nacieran. Es por eso que le digo que no salga por la tarde. No se ría. ¿Ve esas nubes? Ellas lo anuncian. Mejor no salgan, quédese aquí hasta que esta noche pase y él se vaya, se aleje junto con ella...)

LAS ALGARROBAS

Una leyenda que aún existe en la actualidad, ocurrió en el año de 1920. En la sierra de Álamos, Sonora, donde hay varios ranchitos, uno de ellos se llama Las Algarrobas (por sus abundantes árboles de algarrobos) donde nació el que esto escribe, había un indio con su tribu que se llamaba "Bachomo", este indio y su tribu cuando asaltaban las diligencias, en algunas de ellas venían ollas o baúles con monedas de oro, que cambiaban a los lugareños de los ranchos por vacas, maíz, frijol y a veces por caballos o burros, mi tata Alejo (Alejandro Contreras Q.E.P.D.) fue uno de los que cambió alimentos por oro con el indio Bachomo y también su amigo Mauro Muñoz (Q.E.P.D.) por caballos, a cada uno le dieron una olla con monedas de oro. Dicen que la tribu del indio Bachomo no valoraba el oro por que se les hacía más fácil cambiarlo por cosas que ellos necesitaban. Mi tata que en ese tiempo era un jovencito se fue gastando las monedas por unas tierritas, en parrandas, se casó, etc. Hasta que se las acabó, en cambio Mauro, dijo mi tata que por su ambición enterró la olla con monedas de oro en un lugar que nadie su-

piera, ni sus padres y hermanos, le dijo a mi tata Alejo que hasta que se casara y tuviera un hijo varón ya grandecito lo iba a sacar para gastarlo con su familia, promesa que cumplió. Pasaron los años Mauro se casó con Matilde y lo que es el destino, jamás tuvieron hijos varones, puras mujeres (Maura, Matilde, Ramona, Ana y Celeste). Decía mi tata que Mauro y su familia a veces pasaban hambre cuando no había buenos tiempos de "aguas" y jamás dijo lo del tesoro que era muy terco con la promesa de que hasta que tuviera un hijo varón lo sacaría.

Pero un día Mauro fue mordido por una víbora venenosa en el monte. Lo llevaron a su casa. Llamaron al curandero, a la familia, en eso cuando todos estaban presentes Mauro empezó a decir el lugar del tesoro tal vez pensando que se iba a morir, les dijo " Vieja en la cañada en el arroyo donde está el mezquite que le cayó el rayo..." fue lo último que alcanzó a decir Mauro, delante de su familia, su compadre y el curandero total mucha gente. Mauro fue enterrado en el panteón del rancho, por cierto cerca de la cañada, después a su compadre Martín le entró la ambición porque tiempo atrás Mauro cuando andaba borracho le decía que un día le contaría un secreto (decía mi tata Alejo que tal vez ya se había resignado que no iba a tener un hijo varón) su compadre Martín Muñoz le dijo a doña Matilde esposa de Mauro que buscaran entre ellos el tesoro que había mencionado Mauro que fueran al lugar donde estaba enterrado, pero doña Matilde lo consideraba una locura porque Mauro estaba delirando y además Mauro nunca le había dicho nada y pasaron los días y Martín Muñoz no pudo convencer a doña Matilde, total el fue al lugar donde había dicho Mauro. En la cañada había un camino para el rancho Guamuchilito y Huirocoba, cuando llegó a la cañada se enojó mucho porque había tres mezquites y a dos

le habían caído rayos y empezó a escarbar por allá y por acá y pasaban los días y nada del tesoro.

La gente que venía de Guamuchilito y Huirocoba contaban en las Algarrobas que en la cañada de noche los caballos se asustaban y estas personas decían que oían ruidos de cadenas y miraban lumbre en un mezquite y cerca de éste un fantasma, muchos decían que por el panteón que estaba ahí cerca.

Muchas personas dijeron que se cambiara el camino mejor por la orilla del cerro ó la loma de Mundo (Edmundo Muñoz Acosta) por otra parte el compadre Martín dejó de escarbar por miedo y dejó de ir a la cañada. Tiempo después se celebró una boda en Guamuchilito, cuando venían de la boda la hija de Mauro, Ramona, cerca de la cañada, les dijo a los que acompañaban que iba hacer del baño se fueron más adelante los otros y Ramona se fue atrás de unas lomas y cuando venía oyó una voz idéntica a la de su papá, que le hablaba, Ramona del susto no se movió alcanzó a oír que donde estaba parada estaba el tesoro para su familia, después Ramona salió corriendo y no dijo ninguna palabra.

Hasta que llegó al rancho y le dijo a su mamá doña Matilde lo que le había pasado en la cañada pues se pusieron a rezar diciendo que Mauro era una alma en pena, doña Matilde le contó a Martín su compadre donde estaba el tesoro que tanto había estado buscando. Toda la familia estaba bien asustada hasta Martín su compadre fue a la cañada con una barra y una pala también llevó ajos y un crucifijo y se puso a escarbar encontrando la olla, pero adentro de la olla había carbón encima y Martín bien enojado, se trajo la olla para el rancho y en la casa de doña Matilde por la ventana de la cocina le aventó la olla diciendo:

—¡Comadre aquí está su fregada olla de oro, que dijo Mauro, está llena de carbón! —Dicen que al caer la olla dentro se quebró regando muchas monedas de oro. Martín no se dio cuenta resulta que el carbón es-

taba encima de las monedas, si la hubiera vaciado lo agarra para él.

Dicen que doña Matilde y sus hijas se fueron del rancho porque no estaban tranquilas por lo de Martín Muñoz; dicen que le preguntaban si porque no revisó bien la olla, y dice, ¡ni modo al que le toca le toca! No se sabe hasta la fecha donde vive la familia de Mauro.

José Dorian Acosta A.

HISTORIAS DE MI ABUELO

Voy a hacer una narración a manera de cuento pero que le sucedió a mi abuelo, eso nos lo contaba mi madre.

Vivían en un pueblecito apartado de la civilización, en ese entonces ni siquiera entraban carros a ese pueblo porque no había carreteras, hoy en día si las hay.

Corría el mes de junio, día 23, vísperas de San Juan, cuando todas las familias de ese poblado acostumbraban ir muy temprano, casi de madrugada, a bañarse al río. Mi madre y una hermana de ella habían acordado ir a bañarse muy temprano, arreglaron la ropa que iban a llevar y se acostaron ya de noche. Vivían en una casona de esas antiguas, con muchos cuartos, uno tras otro. No había luz eléctrica y la gente se alumbraba con lámparas de petróleo. Mi abuelo tenía un caballo de carreras en el corral de la casa y acostumbraba a levantarse a eso de las doce de la noche a darle de comer a su caballo que lo alimentaba con maíz en grano.

Pues esa noche se levantó mi abuelo, estaban durmiendo afuera, en el patio de la casa, como se acostumbraba allá. En el último cuarto, a manera de troje, guardaban

sacos de maíz. Como mi abuelo ya conocía muy bien la casa, se iba a oscuras, nada más de vez en cuando rayaba un fósforo para guiarse mejor al cuarto, éste, nada más tenía una puerta por donde se entraba y salía. Entró mi abuelo y se quitó el sombrero porque esa era la medida que le daba de alimento al caballo y se agachó a llenar el sombrero de maíz, en eso sintió que dos manos muy pesadas lo aplastaron de los hombros, entonces el dejó el sombrero sobre el saco de maíz y se tocó los hombros con las manos y no tocó nada, por segunda vez hizo el mismo intento de agacharse y tomar el maíz pero le sucedió lo mismo, entonces tomó el sombrero y salió del cuarto, le dió el maíz a su caballo y fue a su cama a contarle lo sucedido a mi abuela. Él nunca se explicó qué era lo que le había sucedido porque ya tenían mucho tiempo viviendo en la casa y nunca habían visto ni sentido nada. Le dijo a mi abuela: —Ahora si creo en los espantos porque no creo que pueda tratarse de un ser viviente—, entonces mi madre interrumpió: —Ya te estoy escuchando papá, ni te creas que me voy a levantar sola a la cocina, ni voy a irme a bañarme al río porque ¡tengo miedo!, —Mi abuelo soltó sonora carcajada y le contestó: —Yo creí que dormías por eso se lo conté a tu madre.

Sara Corral Dominguez

II. Cuentos

EL VERDUGO

Conferencias de prensa como ésta no se tienen todos los días. Por eso habían asistido muchos periodistas de diferentes partes del mundo. Se trataba de un evento sumamente singular, que había concitado la atención de mucha gente: un verdugo llegaría ese día a la ejecución número mil de su carrera. Muchas personas, de diferentes países, estaban interesadas en conocer la opinión de un hombre que, hasta ese día, se había caracterizado por la negativa rotunda a conceder entrevistas a la prensa, a pesar de la insistencia con que diversos medios periodísticos lo habían querido siempre abordar. La trascendencia del evento que se iba a producir ese día, hizo que varias personas allegadas al verdugo, entre ellas el mismo presidente de la República, le hicieran ver la importancia que tenía para mucha gente escuchar su opinión. Y esto se debía fundamentalmente a que se trataba de una persona que, no sólo se había destacado por el importante guarismo que estaba a punto de alcanzar, sino que además, era el único funcionario de gobierno que ha-

bía permanecido durante todas las administraciones que se sucedieron a lo largo de cuarenta años en ese país. Llamaba mucho la atención que, gobiernos tan diferentes como conservadores, liberales y socialistas, que se habían alternado en diferentes oportunidades en el poder, lo volvieran a confirmar siempre en el cargo, mientras que otra cantidad enorme de importantes funcionarios eran removidos de sus puestos. Todo eso era algo que hablaba de un profundo respeto a su profesionalidad y de un reconocimiento a la calidad de su trabajo.

Dada la enorme cantidad de periodistas de diversas partes del mundo allí congregados para entrevistarle, se estableció un orden numérico para realizar preguntas, las que se limitarían solamente a una por periodista.

La primera pregunta le correspondió a un periodista del London Star:

—Usted llegará hoy a la ejecución número mil. ¿Puede decirme cómo se siente?

—Me siento muy bien, gracias a Dios.

Luego le tocó el turno a un periodista del New York Times:

—¿Piensa retirarse de su profesión, luego de esta ejecución?

—No he considerado todavía la posibilidad de retirarme, a pesar de que cumplo en esta semana cuarenta años ininterrumpidos en esta labor. Pero yo voy a poner mi cargo a disposición del presidente de la República y haré lo que él determine.

A continuación un periodista del Toronto Star tuvo su turno:

—¿Cuáles son los requisitos que a su juicio se necesitan para ser un buen verdugo?

—Hay un requisito fundamental que es el de tener sentido de justicia.

Un periodista de Le Monde interrogó:

—Si volviera a nacer elegiría ser verdugo?

—No lo sé. Nunca he considerado la posibilidad de volver a nacer.

Un periodista del Christian Star le preguntó:

—¿Usted cree en Dios?

—Sí, siempre he creído en Dios

Otro periodista de La Jornada de México dijo:

—¿Cree en otra vida?

—Sí

Luego fue el turno de un periodista del Die Zeitung:

—Lleva novecientas noventa y nueve ejecuciones,

¿No tiene miedo de encontrarse en la otra vida con alguno de sus ejecutados?

—No, realmente no. Dios sabe que he cumplido con mi deber.

Un periodista de El País, de Madrid interrogó:

—¿Cómo verdugo, tiene una técnica de ejecución favorita?

—Prefiero reservarme esa información. Creo que ante todo lo importante es la opinión del condenado a muerte. Yo siempre he luchado por la libertad de elección... el condenado, creo yo, tiene derecho a elegir cómo morir.

Un periodista de La Tribune de Lausanne dijo:

—¿Es cierto que el día de hoy tendrá lugar su milésima ejecución, usted cumplirá sesenta y cinco años?

—Así es efectivamente.

Un periodista de El Globo dijo:

—¿Se trata de pura casualidad o fue algo que se realizó expresamente?

—Yo mismo he solicitado al presidente de la República que me conceda la satisfacción de festejar de esa manera mi cumpleaños número sesenta y cinco.

Un periodista de El Clarín, de Buenos Aires interrogó:

—El número mil parece ser un número mágico; en los medios futbolísticos, por ejemplo, se suele festejar a los privilegiados que han logrado alcanzar esa cifra astronómica de goles, ¿Usted qué opina al respecto?

—Sí, es cierto, algo de eso debe haber.

Un periodista Chileno interrogó:

—¿Le gustaría ser incluido en el libro de Guinness?

—No he pensado en eso.

Así fue desarrollándose la conferencia de prensa durante un tiempo más, hasta que todos los periodistas ahí presentes pudieron hacer la pregunta que se les había concedido.

Esa noche luego de la ejecución, se realizó una gran fiesta de gala en su honor, a la que asistieron importantes figuras políticas nacionales e internacionales. Luego de finalizar esa fiesta, el Verdugo se retiró a su casa, donde vivía solo desde que su esposa falleció. Sumamente cansado por la agotadora jornada que le había tocado vivir, pronto se acostó. Mientras dormía sintió un aire fresco sobre su cuerpo... Miró hacia la ventana, donde el viento movía la cortina, y vio una figura en ella, que muy pronto reconoció. Era la muerte, toda vestida de negro y con una enorme guadaña en sus manos. El Verdugo se puso a temblar.

—¿Porqué tiemblas? —le dijo la muerte, no deberías hacerlo. He venido a buscarte, de la misma manera que tú te has llevado a muchos.

—¿Porqué has elegido este momento precisamente?

—¿Porqué habría de elegir otro?

—¿Tú sabías que hoy es mi cumpleaños número sesenta y cinco?

—Lo sé perfectamente.

—¿Entonces sabías de la ejecución número mil?

—También lo sabía.

—¿Y por qué has elegido precisamente este día, y no otro? ¿No podías elegir otro mejor?

—¿Tú has ejecutado a mucha gente, y acaso una vez te ha preocupado el día? Al ver que el Verdugo no respondía la muerte prosiguió: —Sin ir muy lejos, tú ejecutaste hoy a una persona, y esa persona te hizo un planteo similar y tú no aceptaste. ¿Por qué no aceptaste?

—No podía.

—No podías, no me hagas reír. Se trataba de su cumpleaños, él quería también festejarlo como tú hoy lo hiciste; no quería morir sin festejarlo. Pero tú, como buen egoísta que eres, te negaste a postergar su ejecución un par de días, y todo eso, nada más para que pudiera coincidir con tu cumpleaños. ¿Es cierto o no es cierto?

—Sí, lo es.

—Y ahora pretendes concesiones.

—Muerte no seas cruel; me has tomado por sorpresa. Quiero que me des un tiempo más.

—¡Un tiempo más, un tiempo más! ¿De cuánto tiempo estás hablando?

—Dame tres meses.

—¡Tres meses!

—Sí, tres meses.

—No puedo, es mucho tiempo.

—Dame dos meses al menos.

¡Dos meses! ¿Para qué quieres tanto tiempo?

—Para prepararme.

¡Para prepararte! ¿Para prepararte para qué?

—A morir.

—No puedo concederte ese tiempo.

—Muerte no seas cruel. A mis víctimas se les concedía el derecho de apelación y podían diferir sus ejecuciones. Algunos llegaron a postergarla hasta trece años.

—Se trataba de casos muy distintos. Pero además, ¿qué ganaron con ello? Sólo postergar su martirio. No insistas, definitivamente no puedo.

—Dame un mes al menos.

—No puedo.

—Quince días.

—No puedo.

—Una semana.

—No insistas, no puedo.

—Tres días.

—No puedo.

—Dos días.

—Tampoco puedo.

—Dame tiempo hasta mañana.

—¿Por qué debería concederte ese privilegio a ti precisamente, que se lo has negado a tanta gente? Hoy mismo se lo has negado a una de tus víctimas.

—No seas así, Muerte, no seas así.

—Eres un egoísta y no piensas nada más que en ti; ten valor de reconocerlo al menos.

—Lo reconozco Muerte, lo reconozco. Pero por favor, dame un plazo.

—No puedo. Será esta misma noche, antes de que den las doce.

—Por favor Muerte no me hagas eso. ¿Por qué eres tan cruel?

—La muerte no debería preocuparte. Has matado a tanta gente que ya deberías estar preparado.

—Pero no lo estoy —dijo lagrimeando.

—No deberías llorar. Es vergonzosa esa actitud en

un hombre como tú.

—Muerte, ya que no me concedes una prórroga, quiero pedirte un único y último favor.

—Un favor, ¿Qué clase de favor?

—Quiero que al menos me dejes elegir cómo morir

—Quieres elegir cómo morir. ¿No te parece que pides demasiado?

—A mis víctimas se les permitía elegir cómo morir y eso fue gracias a mi intervención.

—Lo reconozco, fue gracias a tu intervención. trataré entonces de hacer una excepción: dime pues cómo quieres morir.

—Quiero que la muerte me llegue dormido.

—¡Morir dormido! ¡Lo único que te faltaba! Todos los cobardes y egoístas quieren morir así.

—¿No me lo vas a conceder?

—Tu muerte se acerca Verdugo, ya es demasiado tarde para discutir, aprovecha para recordar todo aquello que quieras recordar de tu vida, antes de que ya no puedas hacerlo más.

El Verdugo comenzó entonces a recordar rápidamente muchas cosas de su vida. Luego sintió un fuerte dolor en el pecho, como nunca antes lo había sentido, se movió agitadamente sobre la cama y cayó muerto pesadamente sobre el suelo.

La Muerte que estaba junto a él le dijo:

—He complacido tu último deseo: he sido solamente un sueño, pero tú en ningún momento te percaste de ello.

(Cuento ganador del primer lugar)

Nelson González Casaravilla

EL DESIERTO

No hacía ni diez minutos había perdido de vista al tren en la penumbra de la noche.

Quizá fue hasta entonces que se dio cuenta de la situación; ya no venía viajando de trampa en el tren carguero de la madrugada, y del pomo de mezcal que bebía ya sólo podía esperar una cruda segura.

—¿Esperar?— la palabra lo estremeció en sus adentros y se preguntó como queriéndose contestar casi por instinto...—¿Esperar qué?... ¿Qué demonios podía esperar ahí parado en medio del desierto, solo (o cuando menos así lo parecía) con el cuerpo todo magullado por el golpe, y sin una gota de licor que beber? —nada bueno—, se contestó; y sin embargo, echó a andar para alivianar un poco la tensión de la espera.

—¡Hijosdesuchingadamadre! ¡Cómo no me fui a dar cuenta, pinchis polleros gachos ...! —masculló, mientras se esculcaba en todas las bolsas, como maldiciendo de antemano lo que sabía que era un hecho. En realidad, no traía mucha feria, total lo único que había juntado eran unos cuantos dólares que él también

había vacunado por ahí, que no eran muy legales, pero que así y todo ahora ya eran suyos; bueno, eran, porque ahora los polleros de seguro los gozarían en su siglo de perdón; y las fotos, porque también traía en su billetera las fotografías, no las de su familia, que esas valían madre, sino las de "Canela", esas que decían que lo quería mucho, esas que sí le podían un chingo, allá adentro, en el alma.

De repente detuvo su andar, sorprendido por la magnitud de sus pensamientos, —¿cómo podía hablar de almas, él, que precisamente no era una de las del gremio de Dios?, ¿cómo es que alguien, que se dijese propietario de una, hubiera podido ultimar con tanta alevosía al viejo sacristán por el diezmo de mañana?— Pero en realidad no era el momento para los escrúpulos o los remordimientos, sino para saber qué era lo que desde hacía un buen rato sentía como hecho bola en el pecho y lo detenía en su avanzada... Así que respiró hondo, se tranquilizó y siguió caminando. Seguro debía ser su miedo.

Venía tan ensimismado en sus reniegos, que no fue sino hasta que sintió algo helado en su espalda que volvió a la realidad; volteó despacio, demasiado o, cuando menos, así le pareció a él, pero en realidad ahí no había nada; nada que no fuera la noche, el aire, el desierto, él... y también su miedo. Para cuando se dio cuenta ya llevaba un buen tramo recorrido, ¿la dirección?, eso qué podía importar, a dónde podía llegar caminando en esas condiciones; ya no tanto por la herida de su pecho, que aunque sangraba copiosamente, me atrevería a jurar que ni cuenta se había dado de ella; sino las otras, las de su alma, de las que sí se había percatado y no lo dejaban en paz.

Si hubiera pensado en esto antes, de seguro nunca lo hubiera hecho, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse, o cuando menos así lo parecía. Todavía

podía acordarse lo graciosas que le habían parecido las últimas palabras del cura: ¿castigo divino? ¿A quién quería intimidar?, si él sabía perfectamente que eso era un circo. Aunque a decir verdad, ahora no lo decía tan convencido.

De nuevo, el soplar del aire lo sacó de sus recuerdos, acentuando la fría humedad del sudor que ya para entonces cubría todo su cuerpo; se paró un instante y tuvo la astucia de encender un cigarro.

—¿Me das uno? —le dije— y fue entonces que se percató de mi presencia. Su reacción fué más bien normal, la mayoría echan a correr como condenados, pero a decir verdad, en este caso no pasó de un susto. No sé si sería por eso o por la novedad de no encontrarse tan solo, que irrumpió en un desolador llanto. Todavía me acuerdo, como pude lo calmé, y le expliqué a mi manera el por qué de las cosas, y para entonces, su llanto ya se había transformado en una risa nerviosa, frenética. Seguimos caminando por un buen rato, y, al igual que todos, me contó su vida.

En realidad, éste no es un trabajo fácil, pero él lo tomó todo con calma; pero eso sí, lo que sí le molestaba eran los polleros. —Pinchis polleros —decía yo—, cómo me dan trabajo, y él se sonreía. Y así platicando el camino se hace más corto, y casi sin percatarnos, llegamos a la línea divisoria; a decir nos dimos cuenta por las luces que se alcanzaban a ver detrás de la cerca.

Me adelanté un poco, observé hacia allá y lo animé a cruzar, pero tenía miedo, miedo de lo que estaba allá, y de abandonar este viejo desierto al que ahora se aferraba. También eso era natural. Me le acerqué, y para tranquilizarlo de una buena vez, le dije la verdad, que desde hacia un rato para él, y desde muchos, muchos años para mí, esa cerca no era ningún obstácu-

lo. Extendí mi brazo, y mi mano fría lo hizo darse cuenta de que no mentía; y como tantos otros, me dio su mano y lo comprobó.

Romeo Espinoza F.

EL REGALO DE PABLITO

Se sentía el frío, ese frío de la sierra sonoreense que apenas se inicia el mes de octubre, llega con toda su fuerza y ahora no era la excepción, rachas de aire helado golpeaban mi pequeña vivienda cuando escuché llamar a la puerta con desesperados toquidos, me apresuré a abrir y me encontré con Pablito, ¡el inocente Pablito! El tímido chiquillo al que todos en el pueblo siempre le dirigían una mirada de desprecio y no pocos se reían de él haciendo mofa de su maltrecho cuerpo (era jorobado).

Sabía de antemano lo que le había llevado a mi casa: —¿Quieres comer Pablito? —pregunté al chiquillo, sabedor de que no lo había hecho. No tuve que ir muy lejos por la respuesta, inmediatamente arrimó un banco a la mesa y se dispuso a dar cuenta de lo que le ofrecí.

Terminaba su frugal cena, se quedó un poco más a acompañarme y me preguntó: —Nino —(así me llamaba desde que tuvo uso de razón) si alguien te regala algo, ¿Qué te gustaría que fuera?.

—Son dos cosas Pablito, la primera: que en mis momentos de angustiada soledad alguien, como tú lo

haces hoy, me acompañara y la otra, es un anillo como el que vi hoy en la tarde, que traía puesto un señor, un anillo muy bonito de oro y adornado con piedritas de colores y en el centro, una inicial, creo que era la de su nombre, eso sería todo Pablito, pero dime: —¿Porqué me preguntas eso mijito?.

—Pos, Pos, por simple curiosidad —titubeó, lo que pide no es muy difícil y tal vez un día se le conceda Nino.

Después de aquella conversación no volvimos a recordar nada y una tarde, al paso de los días, Pablito llegó a decirme: —Nino, me voy a la capital con mi tía Josefa, quiere que le ayude a cuidar su casa allá, pero luego voy a volver, no me voy a quedar —aseguró el chiquillo.

—Cuidate, hijo —le dije al despedirle, sabiendo que su defecto físico donde quiera lo haría merecedor de burlas y mofas.

—Nino, ¿Todavía le gustaría tener los dos regalos que me dijo? ,—me inquirió.

—Sí Pablito, todavía —le dije casi al borde del llanto.

Al otro día Pablito partió a la capital en compañía de su tía Josefa.

Pasaron los días y se hicieron meses y Pablito el chiquillo a quien consideraba mi gran amigo no se apartaba de mi mente, a menudo me hacía las mismas preguntas: ¿dónde y cómo estará?, ¿no le habrá ocurrido algo malo?, ¿qué estará haciendo? Pero luego dejaba de intranquilizarme, pues si le hubiera ocurrido algo malo, seguramente ya lo hubiésemos sabido en el pueblo, además; ¿porqué tenía siempre que pensar en que algo malo le sucediera?

El tiempo siguió su inevitable marcha y una noche en que el cansancio de la agotadora jornada campesina y la soledad angustiosa me invadían terriblemente,

estando por quedarme profundamente dormido ¡sorpresa! el chiquillo se apareció en mi casa.

—¡Pablito! ¿cuándo llegaste?, ¿cómo has estado?

El pequeño ignoró mis preguntas y mi sorpresa, y al tiempo que me entregaba una cajita se limitó a decirme: —Nino, quiero que mañana vayas a esta dirección —y me extendió un papel.

—No quiero que dejes de hacerlo —me ordenó, y ya para despedirse me dijo: Yo estoy y estaré bien, no te preocupes por mí.

—Pero... ¡Oye muchacho!... Dime ¿porqué? —pero no hizo caso a mis preguntas y así como llegó, abandonó la casa, yo corrí tras él, pero se perdió en la oscura y fría noche.

—¡Condenado chamaco! —pensé, tanto tiempo sin vernos y lo único que se le ocurre decirme es que vaya mañana a ésta dirección. Fue hasta entonces que reparé en el escrito; ¡Era una calle de la capital! ¡No más eso me faltaba!

Abrí la pequeña cajita y vi con sorpresa que era un anillo como el que yo le había descrito en la charla que sostuvimos la otra noche, lo coloqué en unos de mis dedos y dije para mis adentros: Bonito, muy bonito, pero... ¿cómo y dónde lo consiguió?

Miré el reloj, las 9:00 de la noche, empecé a prepararme para el viaje a la capital, primero debo reconocerlo, no tenía la más mínima intención de hacerlo, pero después, impulsado por no sé que fuerza sobrenatural, lo tomé como una orden o mandato.

—Bien ya estoy aquí, —me dije al bajar del autobús, ahora a buscar la dirección.

No me fue difícil dar con ella, pues aunque la ciudad era bastante grande, la calle era también muy conocida, cuando llegué a la casona de aspecto y estilo colonial, la puerta estaba entreabierta así que con te-

mor penetré en ella, y llegué al jardín, apenas había salido de él, para pasar a una de las habitaciones, cuando salió a recibirme doña Josefa, la dueña de la casa y al verme me dijo:

—¡Gracias al cielo que llega alguien conocido! ¡No sé cómo se enteró, pero ya está aquí y eso es lo que importa, no sé cómo ocurrió!

—¿A qué se refiere? —pregunté sin salir de mi asombro.

—Pero... ¿No me diga que sólo es casualidad que viene por aquí?

—¿De qué se trata doña Josefa? —volví a inquirir.

—Del pobrecito de Pablito —me contestó echa un mar de lágrimas.

—¿Qué sucede con él doña Josefa?

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! —y se arrojó a llorar en mis brazos.

No salía de mi asombro, ¿Cómo era posible que eso hubiera sucedido? Si apenas anoche había yo tenido la visita de él a mi casa, repentinamente un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y movido por mi ansia y curiosidad pregunté a doña Josefa: —¿Cuándo sucedió?

—Anoche como a las 9:00 aproximadamente.

—Justamente —pensé— a la hora que había tenido la visita de él a mi casa, cuando la soledad más me agobiaba, llegó el que consideraba mi pequeño gran amigo, miré en mi mano el anillo que me entregó durante su fugaz visita, esa era la prueba más fiel de que estuvo conmigo, no sé si poco antes o poco después de su muerte, pero estuvo conmigo.

EL CUADRO

Hermosillo, Sonora (1856)

Narchot miró pasar la última carreta de muertos y supo que le había llegado la hora. Se le ocurrió maldecir al sol y a su padre. Al primero, por calentar más aquí que en otra parte; al segundo, por asuzarlo a dejar Tours "porque sólo en París tendría la oportunidad de convertirse en un verdadero pintor" y después obligarlo a dejar el Liceo, el café de los jueves, las eternas discusiones con su amigo Degas sobre la inocencia de Coubert y los realistas o el fabuloso prefacio del Cromwell de Víctor Hugo. Más merecía su padre por confiar en la locura de su muy amigo el conde y mandarlo a casa del diablo para conseguirse un pedazo de tierra, por traicionarlo justo cuando creía que los ojos —por aquello de mirar siempre sorprendidos— le habían salvado la vida.

Pero los muertos volvieron a ponerlo en el mundo. Pensó que era lógico que al nuevo gobernador se le ocurriera la brillante idea de fusilar a los invasores que llevaban presos más de tres años, que pasara una revista simbólica de los condenados para que sus gobernados supieran quién era dueño de la situación.

Celebraba, sin embargo, que le hubieran roto el pecho primero al idiota de Raousset-Boulbon, pero lamentaba no haber tenido la dignidad de suicidarse como Prinday, aquel capitán menos loco, aunque también conde. Pero nunca imaginó ese rostro de viejo barbón extrañándose, mirándole fijamente como quien busca tuzas en los agujeros de la tierra. Jamás hubiera pensado que aquel hombre de sucio uniforme diera la orden de sacarlo de la fila, que de pronto la suerte le hubiera jugado una carta que ya no deseaba. Narchot sólo se dijo en voz alta: *Pour la deuxième fois on m'a suavé les jeux...*

San Francisco, California (1989)

Marguerite no supo si fue la fiebre o el clima enraecido por las lluvias del fin de semana. Aquella pesadilla de soldados rubios tendidos en el suelo no le había incomodado mucho, pero la noche anterior fue otra cosa. Dos enormes pupilas marinas se le iban encima, la cubrían como si le lloviera pintura. Por primera vez en mucho tiempo tuvo miedo de ir a dormir. La siguiente mañana la recibió empapada y con los ojos abiertos como platos azules, sólo recordaba fusiles disparando pinces hacia el cuerpo de un hombre demasiado blanco, un rostro de leche repitiendo una frase que no entendía...

Banámichi, Sonora (1858)

Narchot llegó al pueblo con la encomienda de hacer un retrato familiar de la familia Zazueta, primos lejanos del gobernador Pesqueira. Cuando entró a la casa lo recibió el olor de las acelgas hirviendo en un pocillo de barro. Sin que nadie lo invitara avanzó por el patio central y, siguiendo el aroma, llegó a la cocina. Antes de que pudiera hacer la primera pregunta, dos ojos oscuros se le clavaron en el ánimo, justo como el

paisaje del río que por cuatro días se había bebido con la mirada. En ese instante deseó no haber llegado nunca al lugar, negarse a cumplir su promesa de trabajo. Pero ya era tarde. Después de esa primera eternidad, oyó decir: Buenos días, me llamo Margarita, ¿a quién busca?

San Francisco, California (1989)

La cuarta noche, Margarita se soñó a sí misma. La misma cara con la misma sonrisa, distinto cabello y ojos. Esa melena negra del sueño, esos ojos empozados, la hicieron llorar la mañana entera. Aquella imagen pronunciaba su nombre de manera extraña, con un tono más firme, una "erre" tajante y una "a" en el final. Su propia voz no fue la misma, se escuchó más suave y pausada, delgada y cantante, casi como si tuviera un pájaro en la garganta. Luego todo se volvía un fondo enorme de tela que se incendiaba. Sólo entonces pensó que se estaba volviendo loca...

Hacienda "El Alamito", Sonora (1860)

Doña María Antonieta León de Buelna estaba satisfecha, había calificado su retrato como "inmejorable", pero se le ocurrió que su hijo merecía también una pintura. Narchot se impuso la tarea de variar, decidió colocar como fondo el paisaje donde había conocido a Margarita, hacer que el niño abrazara un borrego, como aquellos que tanto le gustaban a ella, lo vestiría con una chaqueta de tafetán morado —que tan bien le lucía—, los pantalones serían verdes, su color favorito; todo el cuadro sería la viva imagen de Margarita, expresada por un niño de tonta sonrisa que hubiera preferido ignorar de no ser por doña María Antonieta, ya le había prometido un poco más de dinero si mejoraba la expresión del borrego. Narchot pensó en sí mismo...

San Francisco, California (1989)

Contarle a la abuela de las pesadillas, descubrir la nariz del hombre con rostro de leche, saber porqué ella alguna vez vivió en México y que al casarse perdió el apellido: Narchot. Saberse venida en parte de la idea de conservar la memoria de todas las Marguerites de la familia. Su último sueño la había llevado hasta ahí, la imagen de un niño abrazando a su borrego con rostro de leche, un niño vestido de tafetán y con un pantalón del verde más precioso que hubiera visto, una palabra impresa a los pies del muchacho, el apellido viejo de la abuela, el pavor de pensar que todo fuera otra cosa. Algún padre del abuelo, de la abuela perdido en el azul de sus ojos. Saber que debía viajar...

Hermosillo, Sonora (1989)

Marguerite nunca supo qué la encamino al lugar, qué la hizo ignorar el letrero de "museo" sobre la puerta, el cordel preventivo que limitaba el paso a la salita donde un cuadro enorme reinaba en la pared. Tocó el cuadro y sólo alcanzó a pensar en voz alta: *My eyes have saved me for the first time.*

Ricardo Manuel Solís

LA MALORA

Traía las medias torcidas, toda la mañana había andado así y entró al baño para componérselas; empezó a echar chines y jotas porque seguido le ocurría.

—¡Ahora tendré que quitármelas y volvérmelas a poner y ya van a ser las doce!—, dijo enojada y haciendo muecas al mismo tiempo, empezó a bajárselas y en ese mismo instante sintió ganas de orinar y se bajó también los calzones para hacerlo. En la misma posición inclinada hacia adelante en que estaba, estiró el brazo hasta el portarrollo, instalado en el extremo opuesto de la puerta y en el minuto que cortó el pedazo de papel y se inclinó un poco más para limpiarse y bajar también la palanca del sanitario, con el rabillo del ojo vio a un hombre delgado, de piel clara, en short y sin camisa parado en la puerta que había dejado abierta; pensó que era su hermano, que en forma alterna, estaba viviendo en su casa y en la de su mamá. Cuando volteó para gritarle que tuviera más cuidado y decirle que cuando menos hiciera un ruidito de que venía al baño, no había nadie. Apurada, con las medias y los calzones a la mitad de los muslos, se paró

pensando que alguien se había metido a la casa: la recorrió toda, acelerando el paso cada vez más. La casa era chica pero había muchos recovecos donde esconderse. A nadie encontró. Recordó haber cerrado bien; cuando llegó, la puerta de la calle y la que daba al patio estaba tan cerrada como ella la había dejado en la mañana cuando salió y no escuchó ningún portazo de alguien que saliera huyendo. Cuando se convenció que no había nadie, un frío recorrió su espalda. —¡Pero yo lo vi!, estoy segura, —dijo en voz alta—; media como uno setenta y el short era una combinación de verde claro con rosa mexicano; Armando, mi hermano, tiene uno azul marino, pero pudo comprarse otro. ¡Ha de estar riéndose a carcajadas! —y continuó con el enojado monólogo. Se arregló las medias y los calzones y salió por la puerta del patio, ya que éste comunicaba su casa con la de su mamá; entró a la casa de su madre y buscó a su hermano sin decir nada a nadie, tratando ella también de sorprenderlo. Cuando no lo halló, preguntó: —Y Armando, ¿Dónde se metió?; —como a las seis de la mañana se fue a Nogales y luego a Tucson, dijo que iba a ver a Leticia, que regresaba mañana ¿por qué?, —le preguntó su madre. —No, por nada, —contestó ella con un dejo de incredulidad. Se sirvió una taza de café humeante, recién colado, de la cafetera que estaba en la estufa; le puso dos cucharadas de azúcar y se sentó en un banquito que estaba a un lado de la mesa de la cocina.

Se quedó muy pensativa con la taza de café entre sus manos y la cabeza agachada, mientras su madre iba y venía por la cocina revolviendo el guisado, bajándole la llama a la olla de los frijoles y rezongando por el montón de trastes sucios que había; —¡no hace ni dos horas que lavé un montón y ya se hizo otro cerro!, —replicó su madre— esto parece un restaurante, qué bárbaros, qué ingratos son y tú, ¿qué traes, eh? andas

como asustada, ¡no me digas que te corrieron del trabajo! ¿o porqué andas aquí a estas horas?; como si no oyera las preguntas contestó con otra: —Oye Chabela, allá en el pueblo o aquí en la ciudad, a ti, ¿te han sucedido cosas raras?; —¿raras? ¿como qué?, —preguntó su madre; pues raras, raras, cosas que no son comunes, —le contestó—: pues te diré que tener el montón de hijos que tengo no es muy común; —y luego como para sí misma “y hacer comida en cantidades industriales como se hace en esta casa, tampoco creo que lo sea” y luego otra vez a su hija —anda, ayúdame a picar cebolla y te quedas a comer sopa de cebolla que tanto te gusta, a ti te sale mejor que a mí. —Mirá mamá, cosas raras, no comunes, significa cosas sobrenaturales, algo que se presente en tu vida y que no está al alcance de tus posibilidades entenderlo, algo que no puedes palpar ni controlar pero se presenta, y de una forma por demás asombrosa; —lo dijo todo de corridito casi sin aliento; mientras que entre las dos escogían las cebollas para rebanarlas, su madre dijo: —a mí no me han sucedido cosas raras, pero a mucha gente sí, sobre todo allá en el pueblo, contaban cada historia. ¿De qué estará bueno hacer el agua? los “culei” no me gustan, se me hacen muy artificiales, ¿Nunca te he contado la historia de Juan Osito?, yo creo que una limonada nos caería muy bien, ¿no te parece? La maestra de primaria de tu padre contaba esa historia; le voy a decir a la Marthita que nos traiga limones de su casa para no estar comprando tan caros—. Mientras su madre hablaba hasta por los codos, ella seguía igual de pensativa. —Juan Osito es una de las historias más tiernas; se trata de una muchacha que se perdió en el bosque y al encontrarse con un oso mitad humano, se llamaba Juan en honor al padre de ella. Juan Osito era muy feliz pues tenía una mamá muy buena y bonita y un papá muy fuerte y formal. La gente escucha-

ba la historia y luego la contaba como si hubieran visto a los tres miembros de la familia, caminar por las calles del pueblo; eso, aunque uno sabe que no puede ser verdad, le gusta contarlo y a la gente le gusta oírlo—. Su madre terminó su relato al tiempo que se sentaba a pelar ajos y ella se puso a guisar la cebolla en una cacerola de peltre. Ella era una mujer de cuarenta y dos años, madre de una muchacha que tuvo cuando tenía veinticinco; su madre, que ahora contaba con sesenta y siete la había tenido a los veinticinco y su abuela tuvo a su madre también a los veinticinco un detalle curioso entre las mujeres de la familia: las mujeres parían mujeres a los veinticinco años de edad.

Revolviendo la cebolla hasta dejarla en su punto, para agregarle el agua hirviendo y convertirla en sopa de cebollas con hojitas de hierbabuena, sal y al final un huevo crudo disuelto en toda la olla, siguió igual de pensativa. Su madre levantó la vista de los ajos limpios y le dijo: —estoy tratando de acordarme de otra historia que contaban; ¡ah sí!, ya me acordé, verás, dicen que a las chirrioneras les gusta la leche de las mujeres que están criando, entonces, contaban la historia de una muchacha que estaba recién parida que iba pasando por un camino donde rondaba uno de estos animales; la culebra al verla se paró derechita y la hipnotizó, pues ella no se enteró de nada, únicamente supo que algo pasó ya que sus pechos quedaron completamente secos, sin gota alguna de leche para su hijo. Ella decía que la habían embrujado y jamás creyó la historia que le contaban, pero hubo gente que aseguraba haber visto a la chirrionera prendida de los pechos de la muchacha—.

—Y, ¿de aparecidos?, —preguntó con cierta reserva; ¡uy! de esas, hay un montón, pero no me los sé muy bien, —le contestó su madre, —trata de recordar, —le

dijo—. lo que pasa es que yo no creo mucho en esas cosas; cuando era niña, mis papás nos tenían prohibido salir de la casa a mediodía en punto, pues era la hora de la Malora; en ese entonces la Malora para mí, era una mujer horrible que podía hacerte mucho daño, incluso comerte y pues pura nada salía de la casa a esa hora; ahora sé que la Malora significa la mala hora, o sea, cuando más caliente el mundo está—. Su madre se recargó en el lavatrastes con un puño con cáscaras de ajo en una mano y en la otra una cuchara, levantó la vista al infinito y con una mirada llena de nostalgia, expresó: —me acuerdo cuando nos reuníamos todas mis amigas y yo, a contar historias que nos contaban las tías, las mamás, las abuelas; había unas chistosas, con otras se te ponía el cuero chinito y sentías que se te paraban los pelos, ¡ay! qué tiempos aquellos, —suspiró. —Y tú, ¿qué contabas?, —le preguntó a su madre al tiempo que se sentaba otra vez en el banquito. Casi nada, la única vez que conté algo que me sucedió o más bien que vi, nadie me creyó, —contestó su madre un poco decepcionada. —¿Qué fue?, —preguntó llena de ansiedad. La expresión de la cara de su madre se transformó al evocar el momento vivido y de una forma muy solemne empezó su relato: —tendría yo unos quince años; estaba lavando la ropa en el río cuando de repente sentí que algo me jalaba y empezaron a hacer unos burros de agua bien grandotes; un poco asustada me salí del agua y me senté en la orilla a ver que pasaba. Cuando más fascinada estaba con los burros de agua, vi entre ellos como un bulto, pero luego me di cuenta que era un hombre que venía nadando, porque no parecía que estuviera ahogado y pensé “ha de ser de los gringos que hace poco estuvieron por aquí porque está muy blanco y anda en pantalones cortos”, pero luego ya no se vio y al rato se acabaron los burros de agua. Terminé de lavar y muy

pensativa me fui para la casa; cuando se lo conté a mis amigas, se burlaron de mí. "Estaba muy oscuro y se te figuró que era un hombre, ha de ver sido un animal muerto", —me dijo una de ellas—; "no", —le dije—, era mediodía en punto, voltie pa'riba y el sol, estaba en puro enmedio". "Entonces traes tantas ganas que hasta los ves "bichis" a los hombres", —me dijo otra y como nomás se estaban riendo, mejor ahí le paré.

—Pero, ¿sí lo viste?, —le preguntó, con toda la carga de entendimiento que pudo; ¡claro que sí, estoy segura!, no sé porque la gente cree que uno anda inventando historias; ¡lo vi, segurísima que lo vi!, el pantalón corto que llevaba era verde con rosa. Se puso lívida y su madre no pudo detenerla cuando se fue al suelo con todo y banquito.

Rosa Hilda Castillo D.

EXQUISITO AQUELARRE

Alrededor de una mesa roja, majestuosa torta de carne cruda con una estrella de cinco picos tostada sobre un montón de grasa, dibujaba en un enfermo color amarillo, permanecían sentados, dándose la espalda desde hace muchos meses, tras de las entidades más lúgubres y opacas que el hombre y su miedo han conocido. Hacia el noreste, con la cara inundada de grietas sin fondo que gritaban siglos de dolor y peste, envuelta en un manto tan negro como los cuervos y las garrapenas contra el sol yacente, delgada, más bien flaquísima, lanzando al aire astillitas de su cuerpo con cada patético y rechinante movimiento de sus huesos y ocultando con la penosa sombra de su capucha mordida por las cucarachas sus ojos vacíos, sus cuencas deshabitadas y secas. Era la señora que me pela los dientes, la exuberante pelona. La Muerte rechinó y dio la vuelta sobre su débil trasero. Apoyó sus polvosos codos sobre la pulposa mesa y esperó trece minutos. A su derecha, una sombra espumosa se solidificó y tomó forma de mujer. Su vestido era blanco, tan blanco que contrastó con el color de la ha-

bitación reflejando la luz a todos lados caóticamente produciendo los destellos de una aurora. Sus cabellos eran rubios, pero tan delgados, flotantes y transparentes que parecían sólo un humo espeso sin forma fija ni aparente existencia. Su cara, al principio refugiada en los cabellos frontales, se adelantó abriendo la mata de pelo y sus ojos brillaron débilmente, pues el acto de solidificación requiere de mucha energía, que no pudo derrochar en hacer brillar sus ojos. El velo que traía en su cuello flotaba, levantándose como un espectro junto con la cabellera, y una misteriosa música ritual comenzó a sonar. La garganta de la mujer emitió un crujido, un rechinar de puerta vieja: —Señores : la Llorona, la misma Llorona que asustó a los aztecas—. Se arremolinó con pausada cautela e imitó a la Muerte. De espaldas a ellos, se adivinaba entre las sombras danzantes causadas por las antorchas en las cuatro esquinas de la habitación, un espinazo saltado, grotescos músculos de formas caprichosas, casi barrocas, una piel dura como la de una vaca muerta, totalmente reseca y metálica al contacto. Por sorpresa, al reventar de una gigantesca ampolla que se creía vértebra, dos alas corrompidas, desarregladas, grandes alas rodeadas de locas arterias radiales salieron vomitadas hacia los lados extendiéndose a casi tres metros, estando éstas a punto de tumbar una de las antorchas. El Diablo volteó hacia ellos, petrificándolos con su mirada punzante y asquerosa, sus ojos eran cruzados por dos rayas negras inclinadas, realzando la impresión de sus cuencas pegajosas y sus globos oculares escandalosamente negros. De su frente salían dolorosamente, levantando gruesas capas de carne, un par de cuernos, que alegremente se enroscaban en sus sienas, dándole un aspecto de borrego cimarrón. Sonrió. El espectáculo fue una pesadilla hasta para la Muerte, que había perdido los nervios cuando se le

podrieron. La mórbida sonrisa del Diablo era un insulto contra toda acepción nombrable, pero osaré describirla. Los músculos faciales crujieron, rompiendo las mejillas de Satán, haciendo que una sangre negra y hedionda corriera y se estancara en la mesa. La mueca despedía un sadismo despiadado; él sabía que su sonrisa lastimaba hasta a la más penumbrosa mente, sus dientes, rectos, neuróticamente uniformes, blancos como perla y afilados como papel se amontonaban: eran como ciento cincuenta dientes en total. Dejó caer sus puños callosos sobre la podrida mesa, hizo salpicar cierto fluido apestoso y cerró su boca, conciente del daño que les había hecho ya a sus subordinados.

—Ad, adad, ad adadad —dijo Muerte. Como no tenía labios, las palabras eran superadas de sus quijadas de roca como un chorro desordenado de agua. Entonces la distinguida huesuda abrió la boca lo más que pudo y un brillo que provino de su interior hizo de intérprete.

—¿Qué dices, hermana Muerte? —le dijo El Diablo con ese acento cínico que solo él podía adoptar.

—Digo que debemos apresurarnos con nuestra decisión, —dijo el brillo de la calaca— qué es tan fácil de tomar como tirar una moneda al aire.

—Por favor esto requiere más respeto de nuestra parte. ¿No será mejor una piedra, papel o tijera? —interrumpió despreocupadamente la Llorona— sin darse cuenta de su imprudencia y de la ridiculez de lo que decía. Satán y Muerte le miraron con impaciencia. Al fin, al percatarse de su error, la Llorona disminuyó un poco su luminosidad en señal de bochorno y guardó un silencio sepulcral.

—Como saben, hoy es día del Aquelarre —tomó la palabra el mórbido dios de las sombras—. Muchos mortales se mofan de este día, no saben qué clase de holocausto les azotará hoy. Por la noche, cuando nos

hagamos uno con la carne humana y nuestro ser sea tangible; vagaremos por las calles, atormentando almas pías o impías, claras u obscurecidas; no distinguiremos, sólo oleremos, gritaremos y comeremos, cobijadas por mi novia, la noche. Este día será recordado como el más sucio festín nunca antes vivido, porque...

—¡Em...! Disculpe, señor, ya son las once. El sol se ocultó y metió en sus bolsillos la luz que tanto os molesta y que tantas ronchas os ha causado.

—Gracias, dama Llorona, por recordarnos la hora, es que estaba yo tan abstraído..., pero eso ya no importa, bajemos pues amiga Muerte, inyectemos en esos pequeños corazones de simio terribles miedos e inenarrables pesadillas.

Y así fue, por una sucia cloaca dimensional se colaron los tres engendros del mal y se precipitaron hacia la noche que reinaba en esa cara del planeta. Las calles no estaban vacías. Otros espíritus cansados recorrían las venas de la ciudad buscando sosiego de puerta en puerta. Estos tres amigos de todo lo corrompido veían, como cada año, la conmoción que se construía indiferente en torno a ellos. Sus seis pares de ojos se unieron en una mirada de resignación. Se plantaron frente a una puerta de un color tan muerto como Muerte y tan vieja como Llorona. Luzbel insertó su uña en el timbre, que mostraba su cara a un costado del bastidor. Sintió una pequeña descarga, pero, masoquista, insistió. Un melodioso sonido lastimó los oídos de las tres bestias, removiendo sus cerúmenes. Salió del intrincado refugio una mujer siniestra con un gran tornillo clavado de lado a lado en su cuello, cargando un horrible cráneo humano con varias esferitas de colores dentro de un corte de la duramadre. La señora sonrió dulcemente. Fue entonces cuando se escuchó el sonido más indignante que se haya gemido jamás, era algo

parecido a la carraspera de un comedor de vidrio: eran las gargantas de Muerte, Llorona y Diablo afinándose y expulsando toda basura o flema que obstruyera el paso a la voz. Adoptando una postura de colegiala, y al unísono, cantaron melosamente:

—“Queremos dulces y chocolates para la fiesta de jalogüin”.

Carlos R. Pacheco Zamora

III. Relatos

¿DÓNDE ESTARÁN LOS FANTASMAS?

Cuando el monte entraba en todas las casas, a San Ignacio lo habitaban más fantasmas que gente. Casi no había dónde no hubiera alguno; en mi casa, por ejemplo, en medio del solar, había una ejéa, y de allí salía una mujer vestida de blanco que se iba por toda la calle; varios fueron los que también la vieron junto a la jócona, otro árbol del monte de los que tanto había entonces.

Más adelante, por la misma calle, cerca de la casa del director, estaba un jito con su intrincado follaje, redondo, oscuro y misterioso, como suelen ser los jitos, tal vez porque son los lugares preferidos de los tecolotes y porque dicen que es donde se aparece el diablo. Pero en éste, lo que se aparecía era un hombre sin cabeza; así que cuando al oscurecer nos mandaban a comprar algo a la tienda, pasábamos rezando y corriendo a todo lo que dábamos. Por cierto que una vez iban a atropellar al Güero de la Fala; era tiempo de frío, temprano ya estaba oscuro y ni sabíamos que existía la luz eléctrica; su mamá lo había mandado por harina, y cuando

venía de vuelta vio un carro, esto le pareció una respuesta a sus rezos, y en vez de hacerse a un lado, corrió delante de él para que lo fuera alumbrando; el chofer trataba de sacarle la vuelta y él, siguiendo la luz, se le ponía enfrente: toda la harina se le tiró, haciendo un caminito blanco por la calle. En su casa lo regañaron mucho.

También, bajo un jito, en medio del monte, Tino "Bultos" fue a venderle su alma al diablo en su obsesión por las mujeres; dicen que vio tantas mujeres bichis que desde entonces se volvió loco y siempre trae su cartera llena de calendarios, con fotos de las más bellas artistas en traje de baño dedicadas "muy especialmente" para él; dice que las conoció en las playas de Tijuana. A este suceso el Tino le daba su sobrenombre.

Otros árboles que albergaban aparecidos eran las moras, únicas en su clase por esos lugares; estaban por el camino a Navojoa. En tiempo de calores se llenaban de niños que iban a jugar y a comer sus frutos cuando los tenían; pero nomás se oscurecía, su fronda acogedora se transformaba en sombría y amenazante. Nadie quería pasar cerca de ahí, por el temor al fantasma de una mujer que acompañaba a los que se atrevían a hacerlo, ya fueran a pie, a caballo, en carretera, bicicleta, taxi o lo que fuera.

De San Ignacio a Navojoa había que andar cinco kilómetros y no quedaba más remedio que irse por ese camino porque por el otro estaba el panteón; desde la salida comenzaban los riesgos: primero había que pasar por las ruinas del molino harinero de los Morales; cruzando la vía del tren, nos atemorizaban las ruinas de un torreón donde pelearon los revolucionarios; más adelante, estaba la cruz del Perdón, señalando el lugar donde fueron enterrados todos juntos, muchos que pelearon en la revolución; luego estaban "Las Moras".

A los lados del camino solitario todo era monte y oscuridad; sólo se oía el ruido de los animales nocturnos; a veces se atravesaba un conejo, y sobre el olor a hierba, de repente dominaba el perfume penetrante de los zorrillos.

En los muchachos podían más las ganas de diversión que el miedo, y nos íbamos a Navojoa a los bailes del Señorial, aunque de regreso, por no tener carro ni dinero para pagar un taxi, tuviéramos que pasar a pie todos estos obstáculos. Una de esas veces, a media noche, venía yo solo después de un baile. Todo estaba en silencio y nomás mis pisadas se oían; en esto, empecé a oír claramente a mis espaldas un ruido como de pasos; corrí y parecía que alguien corría detrás de mí, me paré y el ruido dejó de oírse; seguí caminando y otra vez volví a escuchar lo mismo; no me atreví a voltear para atrás y empecé a caminar más despacio y el ruido aquel siguió el ritmo de mis pasos; por fin, me animé a voltear, y no vi nada. Ya no quise saber más, y corrí lo más rápido que pude.

Hasta que, después de atravesar todo el pueblo, con el corazón en la boca, llegué a la casa. Cuando ya me quité la ropa, en la bolsa trasera del pantalón encontré una caja de fósforos medio vacía, que, junto con el miedo, era la responsable de los pasos que yo oía.

Muchas historias más guarda mi memoria, pero ahora, cuando voy a mi pueblo, ya no encuentro los escenarios ni a los protagonistas, y no dejo de preguntarme ¿a dónde se habrán ido?

Maria Refugio Avilés Duarte

C. I. D.

EL PICAJUYENDO

Cuentan que hace mucho pero mucho tiempo, en una aldea indígena pegada a la sierra cuyo nombre se lo tragó la tierra o se quedó estancado por ahí en las rocas rupestres, sucedieron cosas interesantes que fueron contadas por el último sobreviviente que murió saboreando el relato hasta su exhalación postrera. Quien lo contó, más o menos empezó así:

“El fuerte zumbido del viento hizo que el canto de los pájaros cesara por completo y las hojas de los árboles junto con el ramerío escueto de los alrededores, se zarandearan de pronto en aquella aldea enclavada en algún lugar donde año con año arribaban ventiscas, remolinos y uno que otro vendaval que ya llegaba menguado gracias a una alta cordillera que protegía a la región de los vientos huracanados que se soltaban desde muy lejos, desde más allá de las islas lejanas.

De tiempo en tiempo alguna porción de estas trombas por alguna razón desconocida se desviaban y golpeaban con furia a aquellas familias de indígenas que aguantaban con estoicismo, pues esas trombas reeditaban en lluvias que mojaban sus tierras y les propinaban

muy buenas cosechas de calabazas, chiles silvestres, pepinos del monte, frijol duro y ejote verde y por supuesto el infaltable elote blanco proveniente del maíz de hojas anchas.

Cuando se llegaban a salir de rumbo las trombas fuertes o huracanes, ellos, ante la presencia de aquellos incontrollables ventarrones que tumbaban árboles enteros junto con aguaceros que arrastraban tierra, piedras, y hacían que los ríos y los arroyos salieran de cauce en medio de truenos relámpagos y centelleantes traqueteras, cuando esto pasaba salían algunos de ellos fuera de sus chozas y marcaban una figura en forma de cruz con la ceniza vieja de sus hornillos, y como por arte de magia aquellos ventarrones iban menguando la furia de sus vientos campestres hasta dispersarse en ventiscas aisladas y frescas.

Pero un día, llegó a la aldea una tormenta que golpeó con furia y fuerza incontenibles, pues los nubarrones llenaron el corazón de los más viejos de temor y de espanto, pues aquella andanada de vientos sin control sacó a los árboles más grandes de cuajo y esa tormenta duró más de siete días con sus noches, y las cruces de ceniza no provocaron ninguna disminución en la furia de aquel vendaval que parecía no iba a terminar nunca.

El temor se había ya apoderado de todos los habitantes así que los más viejos, recordaron prácticas pasadas (ancestrales) en que los aldeanos ante estos peligros tuvieron que ofrecer en sacrificio a una criatura recién nacida para que así el coraje de las tormentas —como ellos decían— se apaciguara.

Por eso se lo pidieron a la única mujer parida de la comunidad, que sacara a su pequeño hijo y lo depositara en el suelo, en medio de los vientos huracanados para que así menguara la tormenta y ellos todos pudieran salvarse.

Aquella asustada mujer se negó en un principio, pero después, ella misma salió entre la lluvia y el ventisquero y depositó sobre el suelo encharcado un pequeño envoltorio de trapos que muy pronto desapareció entre el revoltijo de agua y lodo que no tenía para cuando acabar.

Al día siguiente, la tormenta había cesado por completo, y aquella mujer corrió a ver si hallaba los restos de su hijo pero no había nada, aquel pequeño bulto se había perdido entre tantos palos, breñales y lodo.

Con el paso del tiempo la comunidad supo que aquella mujer los había engañado a todos pues lo que había depositado en medio de la oscuridad de los nubarrones, fue un envoltorio de palma y trapo y a la verdadera criatura la había mandado con una mujer que vivía sola cerca de las lomas, a espaldas de la aldea, y esa mujer que consideraban bruja hechicera o maga, crió a la criatura hasta que fue grande, cumpliendo la mayoría de edad según sus propios calendarios.

Su madre todo ese tiempo estuvo yendo a visitar a su hijo de vez en vez, sola y temerosa de que los ancianos fueran a descubrir la chapuzada y la fueran a expulsar de la aldea.

Sin embargo, el secreto se supo y aquel jovencito bajó a vivir con su verdadera madre, ya cuando parecía que había pasado el resquemor y el susto.

Los que aún recordaban aquella tormenta y sus estragos, comenzaron a murmurar algo que muy pronto estaba en la boca de todos, pues según ellos, algo similar les había pasado a sus ancestros, por haber querido engañar a las fuerzas superiores: Desde ahora, nadie nos podrá salvar del Picajuyendo.

Era el tiempo de milo maíz, y el maíz, las plantas estaban verdes, erectas y la temporada parecía que sería estupenda; pero una mañana aparecieron minúsculos insectos que comenzaron a invadir todos los sembradíos picando y destruyendo las plantas, y sólo se escuchaba

un tronidito de —crash, crash— que iba acabando con las hojas y el tallo de aquellas plantas valiosas.

—¿Qué es lo que está pasando? —se preguntaron los hombres que habían sembrado todo aquello.

—La maldición de la tormenta, —dijeron los viejos— cuando acaben con todo el maíz —dijo uno de los ancianos —se convertirá en un animal grande, peligroso y feo que va a matarnos a todos.

Entonces el miedo fue tan poderoso, que una a una las familias fueron saliendo de la aldea y se fueron lejos donde no los pudiera encontrar aquel ente horrendo que según los ancianos salía cada vez que no se lograba cumplir con los caprichos de las divinidades.

Así, una a una las chozas se fueron quedando solas hasta que la de Nahomé era la única casa habitada de la comunidad.

Ella no se quiso ir a ninguna parte; pero a los pocos días y a la insistencia de la vieja que había criado al joven "rompe tormentas" tuvo que irse también, pues aquellos animalejos ya llevaban más de la mitad de los sembradíos engullidos.

—El único que nos puede salvar, —dijo la vieja desdentada a Nahomé— es tu propio hijo.

—¿Porqué? —preguntó desconsolada la madre del joven.

—Porque hasta ahora él ha sido el único que se atrevió sin saberlo a engañar a las tormentas.

Fue así que aquel joven, cuando se vio solo, en la aldea, se sintió impelido por una fuerza invisible que lo hizo desde ese momento, arremeter contra aquellos insectos que estaban acabando con la principal fuente de alimentos de su pueblo.

Así que con un garrote, con palos, breñas y ramas golpeaba, golpeaba y golpeaba; Surco por surco, luchando contra aquella plaga, que según le habían dicho, después de acabar con los sembradíos, iba a comérselos a todos.

Un día tras otro, luchaba, luchaba y luchaba, y cuentan los que vieron en aquel entonces que fueron 40 días los que aquel joven golpeaba y se esforzaba por terminar y triturar aquellos animalejos que se reproducían cada vez con más rapidez, hasta que el último día, cayó exhausto, sin fuerzas ya, y sentado sobre una inmensa piedra de las que había acarreado la memorable tormenta, escuchó un silbidito de aire cálido subiendo de tono hasta que arrastró las hojas sueltas de los árboles cercanos y cuando menos pensó aquella plaga se esfumó por completo.

Él mismo, tronó de gusto lanzando un grito que se fue rebotando entre los peñascos y laderas lejanas lo cual hizo que aquellas familias que se habían ido a refugiarse lejos en las cuevas, regresaran diciendo:

—Ya fue destruido el peligro, no debemos temerle más al demonio del Picajuyendo, y se vinieron de nuevo a vivir a sus chozas y, ciertamente, las parcelas comenzaron a ver crecer de los tallos maltrechos del maíz, pequeños renuevos que iban brotando frescos y exuberantes.

—Habrá comida para todos, fue la primera expresión de las familias que llegaron gustosas a habitar de nuevo sus humildes viviendas de carrizo.

Cerca de ahí, aquel joven que había engañado a las tormentas cuando niño, que había combatido a la plaga de los insectos verdes y que había tenido fuerzas para enfrentar él sólo al enemigo, sentía que su cuerpo sufría una transformación inesperada que nacía desde el fondo de sus coyunturas y que lo iba haciendo distinto a lo que él se hubiera imaginado jamás, pues sus extremidades iban creciendo desorbitadamente y su cuerpo se llenaba de un caparazón duro y azuloso y poco a poco el universo cambiaba totalmen-

te para él, al tiempo que se encaminaba dando pequeños saltos bestiales al poblado donde apenas se iban acomodando las familias...

Pareció entonces que el viento dejó de correr y el canto de los pájaros albinos de los alrededores dejó de escucharse por completo.

José Fausto Guerrero Fonseca

LA MALDICIÓN DE CABANAHUA

Pueblo Viejo es, por definición, un enigmático lugar donde se suscitan con mucha frecuencia hechos extraños que, a la sazón, conforman la memoria colectiva de los residentes del lugar. Pueblo Viejo es, entonces un sitio sagrado de la Tribu Mayo, en consecuencia, los rituales que celebran sistemáticamente los yoremes atraen —por oposición— fuerzas extrasomáticas malignas lo que justifica la frecuencia de los hechos extraordinarios que pululan por las terregosas y mal trazadas calles de este pintoresco y mágico lugar. El siguiente relato se presentó, hace la friolera de medio siglo y, lo verídico o falso de tal suceso, no difumina la extraordinaria belleza de lo esotérico y lo desconocido.

Aquella despejada y tibia mañana, Fidel y Juan, hermanos entrañables, se habían convencido de ir de cacería a "Cerro Prieto", sitio donde abundaba todo tipo de animales silvestres, por lo que cualquier cazador que visitara el lugar, regresaría exultante a su hogar cargando a cuestras sendos especímenes para su alimentación o venta. Llevando consigo un viejo rifle de postas, los jóvenes montaron su bicicleta sin poder ocultar el regocijo

que los embargaba. Despidiéndose alegremente de sus padres se dirigieron velozmente hacia el monte, atravesando sinuosos caminos y zoomorfos laderas arribaron finalmente al citado cerro y, se dispusieron de inmediato a recorrer los montaraces vericuetos en busca de una infortunada presa no sin antes encadenar su vetusta bicicleta a un enorme vinorama.

—¡Mira Juan! —exclamó un tanto excitado Fidel— ¡es una churea!, ¡mátala!, ¡mátala!

—¡No pobrecita...! —respondió Juan.

—Debemos cazar algo más grande, —continuó— algo así como una burra o una chiva o, ya por lo bajito una triste codorniz.

—Está bien —consintió Fidel secamente.

De pronto, escucharon un extraño ruido. Algo así como el crujir de unos leños verdes en la fogata. Ambos se miraron con cómplice mirada como diciéndose que guardarán mutis y se encaminarán sigilosamente al sitio donde se presentó el horrisono ruido. Juan aseguró su resortera y tomó un atajo para sorprender lo que él consideraba un hermoso ejemplar: venado cola blanca. Fidel, por su parte, extrajo de su alforja una bala que había tomado —sin permiso— del escaso parque de su padre y lo cambió por las postas depositadas en la cámara de aquel roído "Winchester", obsequio de su abuelo. Ahuyentando a las bestias, Juan propinó certero golpe a aquella inapreciable mole quien exhalando un doloroso gemido gutural, virtud al proyectil disparado, se lanzó cielo arriba dejando entrever su pajaresca figura. Fidel, que estaba situado de otro extremo, apuntó su rifle con plena precisión disparándole al negruzco pajarraco quien una vez herido se vino a pique cayendo entre los desparramados arbustos. Cuando los exaltados jovenzuelos acudieron al sitio donde se desplomó el animal, éste ya no se en-

contraba allí, pues se había arrastrado a un lugar seguro, dejando tras de sí un largo rastro de sangre.

Los atrevidos muchachos siguieron el hemático líquido hasta dar con el indescriptible bestezuelo. Impávidos al principio, los sorprendidos mozuelos no alcanzaban a comprender la horrible pesadilla que se erigía ante sus ojos. El herido animalejo ¡tenía una figura humana! o mejor dicho, mitad de pájaro, mitad de hombre. Los cariacontecidos muchachos, no podían dar crédito a la infernal aparición y, aterrados como se encontraban, salieron huyendo del lugar como ánima que vaga en pena. Al llegar a su hogar, los niños comentaron y recomentaron lo sucedido a sus padres y parientes y vecinos sin que nadie les creyera palabra alguna. A partir de entonces el calculado y maltrecho animal, se aparecía a la familia de los infelices pequeños y a los demás vecinos reclamando justicia.

Con el rostro ensangrentado y con el cuerpo de ave de rapiña, el pájaro-hombre sembraba el terror y el pánico en los vecinos de Pueblo Viejo y lugares aledaños. Por lo que nadie, por la noche deambulaba por el pueblo y las brigadas formadas para combatir al sepulcral monstruo, habían resultado todo un fracaso. Cierta día, llegó a Pueblo Viejo don Hilario Buitimea, cobanahua mayor de los ocho pueblos mayos, es decir, gobernador general de la tribu, y convocó a todos los aterrados lugareños a reunirse en el kiosco del pueblo para tratar el asunto del Wikit-Yoreme (pájaro hombre).

El anciano explicó a la comunidad :

Hermanos, el Wikit-Yoreme fue un humilde labrador que quiso ser como los yoris (mestizos) y asumió las debilidades, codicias y traiciones que algunos de ellos llevan a cabo en sus grandes ciudades. La diosa Venus, nuestra madre, me conminó, mediante un sueño, maldecir, a ese malvado torocoyori (traidor) y convertirlo

en Wikit-Yoreme, toda vez que había asesinado a su esposa, padres e hijos. En este momento romperé el hechizo para que este infeliz descanse en paz y deje de atemorizarlos.

Acto seguido, el anciano levantó su antiguo báculo hacia el cenit y, sorprendentemente, apareció el Wikit - Yoreme. El cabanahua, lo trajo con su mágico bastón hacia su presencia y ante los atónitos ojos de las personas allí reunidas convirtió el bestezuelo en un hombre íntegro; insufló en su rostro y este cayó en un sueño eterno.

Enseguida, el octogenario sentenció:

Hermanos cuidad nuestra tribu, permaneced unidos, amemos nuestra raza, nuestra fauna nuestra flora. No se dejen engañar por la concupiscencia de nuestros hermanos yoris.

—No quiero —remató— utilizar mi bastón para maldecir a nadie—. Luego, asumiendo una actitud solemne ordenó: Entierren al difunto en la otra banda del río para que su espíritu no regrese jamás a este bello pueblo. Al siguiente día se celebró un ritual en Pueblo Viejo, donde los pascolas, matachines y fariseos entonaban religiosos cánticos, mostrando en sus vestimentas motivos cambiados de plumajes negros y características humanas, evocando el castigo infligido por el cobanahua mayor al Wikit-Yoreme.

Y LE DECÍAN EL LOCO JUAN

—Buenas tardes comadre. ¿No está el loco de su marido?

—Buenas compadre, Juan está allá en el corral, pá-sele.

—Con su permiso comadre, gusto de saludarla.

—¿Quiubo compadre, qué milagro que lo miro?, afígúrese que ya he venido varias veces a buscarlo. ¿Dónde andaba?

—¿Qué pasó compadre? qué gusto de verlo. Verá usted compadre le voy a platicar una historia, este... No más no me vaya a tachar de loco, verá este... pos no sé si se acuerde de aquel viejito yaqui, aquel que trabajó conmigo ahí en la milpa.

—Cómo no me voy acordar compadre, si era reque-te hablador, si se llevaba inventando historias, creo que le decíamos tío Manuel. A propósito, ¿no quiere un cafecito compadre?

—Pues nos lo tomamos, se me afiguraba que no me invitaba.

—Vieja trainos café que llegó el compadre Pancho, ya sabes que le gusta con una de azúcar.

—Ahora sí, verá usted compadre, este... le voy a contar, pos no sé porqué me tomó confianza el tío Manuel y en una de las tantas platicadas que dimos, pos, este... me platicó que a su abuelo le había contado su apá, que había trabajado en una mina muy vieja, requete muy rica en oro y plata... espéreme compadre oritita le seguimos, pos ahí trae el café la vieja.

—Viejo, ahí les dejé el café encima del tronco mocho, te traje el balde con maíz para que le digas a los buquis que se lo echen a las gallinas. Al suyo le puse azúcar compadre.

—Gracias comadre.

—¡Ah!, pos como le iba diciendo compadre, la mina se llamaba la Tarasca y pos, este... que le había entregado un derrotero muy preciso y que la entrada se encontraba tapada y que ahí habían enterrados todos los ornamentos de oro y plata de la iglesia del Real del Aygame, cuando pegaron los Yaquis, que fue cuando se desplomó, afígürese nomás compadre... ¡Con un chorro de barras de oro!

—¡Ay compadre! Usted tan creído, que se me afigura que está loco, mejor dicho "re" loco.

—¡No compadre! es cierto, afígürese que ya tengo varios viajes hechos y pos este...ya di con parte del derrotero y creo que le voy a pegar.

—Oiga compadre y cómo se acuerda tan bien, si hace mucho que murió el tío Manuel.

—Pos verá compadre que él me dio unos papeles, este... pero no les hice caso y por ahí los arrumbé, nomás que el otro día, este... hace como unos meses atrás los encontré y pos me puse a tratar de entenderlos, orita se los voy a enseñar...

...Mire compadre aquí están, porque no los lee, mientras yo termino de aguzar la cuña y el pico, este... porque quiero regresar antes de que empiecen las aguas.

—Hijuela compadre, están requete viejos, mire mire hasta amarillentos y deshaciéndose están, pero usted déle a la fragua, mientras los leo.

“Hacia el oriente de la antigua carretera de Hermosillo a Guaymas hay una pequeña montaña conocida con el nombre de Cerro Prieto, entre el rancho La Palma (Corrales) y un lugar desierto que llaman La Cara Pintada.

Se sabe por tradición que en esa montaña existe una mina antiquísima llamada La Tarasca.

Dícese que esa mina fue explotada hace más de ciento cincuenta años, siendo la ley de sus metales fabulosamente rica y que en una de sus labores hay encerradas una buena cantidad de barras de plata, los utensilios de la mina y los ornamentos de la iglesia del Real del Aygame. Se dice que la tenaz persecución de los Yaquis y los Pimas ocasionaron el abandono de ese real.

En la misma montaña existió otro grupo de minas en explotación cuya importancia se revela en los escombros de las haciendas de beneficio, que todavía existen a dos kilómetros del rancho La Puente.

Sábese también por tradición que de la mina Tarasca se divisaban los terrenos de una mina llamada Las Palmas cuya veta se formaba de una ancha cinta de arenillas de plata virgen.” (copia manuscrita, s.f.)

—Oiga compadre, pero... pues... esto no le dice mucho, se me afigura que está usted medio loco.

—¡No! Compadre, usted nomás siga leyendo, esos otros papeles este... ya verá que el tío Manuel sí sabía de lo que hablaba, yo voy a seguir dándole.

—¡Ah que mi compadre! Se me afigura que está usted requete zafado, bien dice la gente, pero mejor voy a seguirle.

—No sea gacho compadre si no estoy loco, pero ya

verá, léala en voz alta, así me la recuerda, este... pero verá primero voy a gritarle a la vieja que me traigan unos cigarros. "Vieja diles a los buquis que me traigan cigarros del changarro"; ora sí, sigale compadre.

—Ahi le voy compadre.

—Junto al cerro de La Pasión está el Cerro Prieto. Es un cerro negro y está enfrente del rancho el Carrizo y frente al rancho La Puente.—En el cerro que está el alambre de Aguilar, está a medio del cerro, pasa donde sale el sol, hay un palo fierro muy grande, enseguida del palo fierro está un sahuaro muy grande y viejo, al pie del sahuaro está una piedra muy grande, con una cara pintada y dos niñas pintadas. Tres varas arriba en línea recta, hay muchas piedras amontonadas y una mata de pitahayas muy grande, frente a frente queda el cerro de la Pasión, ésta es la señal de la mina.

—Este es otro compadre, se lo leo:

"En el cerro Prieto entre los ranchos La Puente y de Aguilar, a medio del cerro, está un camino viejo, hecho en aquel tiempo a punta de barras, está borrado, pero con un rastreo darán con el, era el camino antiguo de diligencias Guaymas a Hermosillo."

—Espérese compadrito, ahí viene la vieja con los cigarros. Ahí déjalos en el tronco vieja, este... ora sí sigale compadre.

—Primero acigárreme la plática compadre... Gracias compadre por el cigarro, hijuela, fijese que, pues... Yo conozco muy requete bien estos lugares, se acuerda que trabajé, con Doña Ana María de la Puente, en el rancho Las Demasías De La Puente, arreglando los cercos.

—Cómo no me voy acordar compadre, si fue cuando nació mi ahijado, este... pos uste nomás sigale leyendo, este... ya verá, la que sigue es del tío Manuel.

—¡Uy! compadre, medio me está interesando esto pero mejor le sigo:

—En la Puente desde donde te enseñen la ventana o túnel, ahí está la mina y la de las arenillas, frente de esta ventana, está el Espinazo Prieto. Frente a frente donde está la Puente, en el peñasco grandísimo, con las letras "I H S". En la punta del Espinazo Prieto está una piedra con forma de metate, también un mezquite muy grande, al frente del espinazo queda un arroyo que va para la Peña Blanca, allí en el cerro donde está la trinchera y que queda enfrente al agua de las Palomas, rumbo al pozo de la Puente encontrarán una cañada que va derecho para donde se mete el sol, a mano izquierda está una loma prieta, esto es yendo de un choyal de la Palma...

—¡Ay!, espérese compadre, este... ya me di en un dedo, ¡sss hijuela!, me dolió compadre, este... ¡sss! pero sigale.

—Le sigo compadre. En el mismo cerro cerca de la trinchera y donde está un montón de piedras, como colocadas por la mano del hombre, está una cara pintada parece un rey con unas letras y unos números y en la misma piedra una reina con estas letras *UONYM*, allí busquen la mina quitando las piedras que están amontonadas, encontrarán el peñasco grande y mirarán la bocamina; luego mirarán las barras de oro y plata y los ornamentos de la iglesia del Real del Aygame... ¡Hijuela! Compadre, se me afigura que ya le pegó.

—Lo ve compadre, como le dije, este... pos si está refácil dar con ella, sé que me va llevar un tiempcito pero, pos...es lo que me sobra.

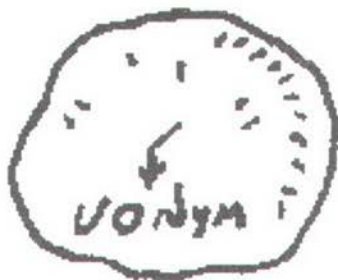
—Oiga compadre, porque no me invita a ir con usted, yo ya me conozco todos esos parajes como la palma de mi mano, ¡afigúrese si le pegamos!... lo que haríamos con esas barras de oro y plata.

—Pos invitado está compadre, este...pero acuérdesese que la gente va decir que está usted loco, este... en fin usted nomás aliste sus chivas. Y ¿Qué dirá la comadre Tencha?

—Pues qué va decir, ya está requete acostumbrada a que me vaya, lo único compadre que va a decir: es que estamos locos. ¡Hijuela ! compadre se me afigura que ahora si le pegamos.

—Ándele pues, este...pos ahí luego le enseño los demás papeles que guardo, este...pero nomás hablan de lo mismo, aunque aparece una carta de 1823 de un tal Clemente Corrales, del pueblo Costa Rica, pos que la copeó de un tal General Don Enrique León que habló de la mina y muchos otros papeles.

—No es por nada compadre pero, estoy recordando que cuando trabajé con la Doña Ana María fui un día de cacería y frente al cerro de la Pasión, está el Gito Baleado y luego más enfrente, está un cañón que entra para el macizo de la sierra de Santa Úrsula, adentrándose por ahí y tomando para el lado de Guaymas hay un arroyo, ya más adentro me encontré una piedra grande y plana, con estos signos mire se la voy a pintar en la tierra.



—Pos vamos a tener que ir a verla compadre, porque son muy parecidos al del tío Manuel, pero pos... este...eso no es nada, este...fijese hasta me aprendi una poesia de un yaqui que pos... dice más o menos así :

La Tarasca

Esa serpiente de plata
que atraviesa las montañas
es la mina Tarasca
la reina de las montañas.

A Sonora el que es cobarde
es mejor que ni se meta
pues la llama siempre arde
en la sangre del azteca.

Y no se jacta Sonora
de un valor muy excesivo
pues que lo diga la historia
cuantas veces fue vencida.

Y por todo el Bacatete
se oye sonar los tambores
si eres cobarde vete
no te metas a Sonora.

Y en Sonora no hay maricas
pues el baile es el pascola
ese que bailan los yaquis
al compás de los tambores.

Familia Tá (Sol). (s.f.)

MALDITO VIENTO Y MALDITA LÁMPARA

Cuando entraron a la primera de las dos habitaciones percibió lo maligno, lo diabólico. Su sensible olfato le avisó que aquel gélido aire dulzón que ambientaba aquel cuarto de gruesos y viejos adobes abrazaban el espectro del demonio.

Minutos antes los habían recibido con cierta cordialidad, con la característica fría de quien no conoce a quién. Sólo el sacerdote estaba a salvo. La familia, no muy numerosa, la encabezaba una señora que escondía su edad bajo el rebozo que apretaba a la garganta con sus huesudas manos; fue ella quien los recibió tendiéndoles la mano sólo para que la rozaran, en un saludo frío, mecánico, ausente de sentimientos. Lo mismo hizo su esposo el que, tras saludarlos, se fue a ocultar, como siempre, detrás de la señora.

Se platicó lo necesario y de inmediato se encaminaron al lugar. Por el sendero rojizo, tan común en los alrededores de Álamos, subieron a la pequeña ondulación en donde estaba aquella construcción que alguna vez formó parte de una hacienda de estirados españoles que ostentaron dilatados nombres jalados por la alcurnia.

Cuando hicieron alto a la entrada fue cuando percibió la maldad en los grandes ojos, abultados, de

aquella mujer que lo miró con intimidación. Lo primero que pasó por su mente fue la de abandonar el lugar pero la presión que hizo el sacerdote sobre su hombro, como si adivinara su pensamiento, lo hizo desistir. Entraron a la habitación en donde descubrió que estaba lleno de arneses, de viejas monturas, de picos y palas y otros útiles de campo, que por lo pronto, impedirían el buen funcionamiento del detector de metales además de estorbar los movimientos. Habló para quejarse de aquel inconveniente con voz lanzada hacia nadie en especial; solo para que los escucharan.

Por primera vez habló el esposo de la señora quien respondió que todo aquello podría sacarse pero que se tardarían buen rato en hacerlo recomendando que lo mejor sería que volvieran por la tarde, hora conveniente para todos, por aquello de que encontrarán algo.

Volvió su rostro hacia aquel que respondía y al contemplarlo sintió lástima por él. La voz-respuesta salió seca y triste, casi apagada; la voz conjugada con su esmirriada figura, casi quijotesca, que levantaba una cara alargada y rugosa donde se desplazaban hacia los lados los bigotes largos, lacios y caídos, melancólicos, como sus ojos ausentes de brillo. Le hicieron caso.

Partieron hacia la Plaza de Armas, en busca del restaurant de doña Celsa en donde podían encontrar además de bondad, alimentos y café con los que podían alargar el tiempo.

—¿No sintió “algo” padre? —inquirió para abatir la angustia que se le acomodaba en la boca del estómago.

El sacerdote lo premió con una sonrisa, respondiendo pausadamente, con la mirada hacia el techo en busca de la verdad adecuada:

—Pues sentí algo frío, algo de ausencia, algo de humedad, como si estuviera dentro de... de.....

—¿Un mausoleo?— Apuró tratando de completar la respuesta.

—Pues... algo parecido, pero sí se percibe la ausencia de calor humano—. Ensimismados en su pensamiento ambos callaron y se dedicaron a disfrutar de los sabrosos platillos. Terminaron cuando ya los rayos del sol otoñal, amarillentos y tristes, se sujetaban sobre los muros del templo de Nuestra Señora de la Purísima Concepción, huyendo, inútilmente, de las sombras que se abalanzaban sobre ellos desde las faldas de los cerros.

Cuando el pueblo colonial se convirtió en gris se trasladaron a la parroquia en donde recogieron una botellita de agua y un par de velas, ambas benditas. Esto a su recomendación, ya que el sacerdote no lo creía necesario. De allí subieron a la camioneta y tomaron rumbo a la salida sur de Álamos.

Encontraron sólo a la mujer y a su marido, los demás, se habían esfumado. Casi sin hablarse entre sí se dirigieron al sendero que los conduciría a aquel largo cuarto que se elevaba solitario enseñando sus descarapeladas costras de cal que daban cabida a las cicatrices que se formaron con la peste negra, la fiebre amarilla y la influenza española.

A pesar de su desánimo se puso a armar el detector de metales al que ya listo le hizo los ajustes y las pruebas suficientes para que su sistema de señales hiciera emisiones nítidas. Con un ademán dio a saber a los demás que estaba listo. El hombre que le hiciera recordar al torero Manolete abrió la vieja puerta y cedió espacio para que entraran. Una vez más respiró el aire corrupto se contenía en aquel primer cuarto sin ventanas, con piso de baldosas, ahora iluminado por una cachimba cuya luz se mantenía fija de la que se desprendía un fino y largo humillo que ascendía hacia el techo de paja. El cuarto había sido desocupado y sólo unos viejos tablones reposaban sobre una de las paredes a los cuales les hacía compañía los esqueletos de unos catres viejos sobre los cuales colocó la funda del detector.

Apoyado con la luz de su lámpara sorda inició su labor de rastreo desplazándose de pared a pared. Cuando terminó de explorar el área de entrada pasaron al interior primero el sacerdote, luego la mujer y detrás de ella, como siempre, su marido.

Muy precautoriamente, y para no alarmar a nadie, se había colocado sus audífonos para que, en caso de dar con alguna señal, él sería el único en oírlo. Fue en la esquina del fondo, en el lado derecho, en donde detectó el primer sonido; éste se manifestaba limpio y continuo con baja densidad y ligeras interrupciones. Su experiencia le dijo que había dado con el tesoro el cual debería estar en el cuarto contiguo.

—Vamos a entrar al otro cuarto —señaló. La voz ronca de la mujer musitó:

“Nadie ha entrado a él desde que murió la abuela”. Volteó a verla y sólo pudo ver parte de su rostro porque la luz de la cachimba le daba en la espalda, del que se destacaban su par de ojos saltones que parecían apoyarse en su larga y curvada nariz. Fue cuando sintió una ráfaga de aire. La cortina de tela que servía de puerta a la otra habitación se hinchó empujada por el aire fétido que se escapaba de aquel anexo; empujó el interruptor de la lámpara y ésta se ensartó en el cuerpo oscuro de aquella habitación vacía a donde entró acompañado por el sacerdote. La fuerza del aire aumentó inexplicadamente pues solo una ventana de unos cuarenta por cuarenta centímetros existía allí la que dejaba ver su boca negra en la parte alta del lado izquierdo. Apoyado por el ministro de Dios, a quien entregó la lámpara, dirigió el plato del detector hacia la esquina derecha; la fuerte señal le lastimó el oído lo que le obligó a ajustar el sistema para bajar la intensidad. La señal era alta, clara y alargada lo que le daba saber que a muy baja profundidad existían enterradas algunas barras de metal. ¿Oro? No; recordando que estaba en Álamos las barras serían de plata. La luz de la lámpara bajó de intensidad y escuchó, a pesar de los audífonos, que el sacerdote le decía que las baterías se estaban agotando le pidió que encendiera las velas, inútilmen-

te, ya que los fósforos se apagaban de inmediato con aquel inconcebible viento.

—¡Maldito viento y maldita lámpara! —exclamó y, al concluir sus palabras, de la habitación contigua se escuchó una fuerte y larga carcajada que los hizo quedar paralizados.

Nunca se ha explicado que fue lo que los obligó a caer de rodillas sobre el duro piso, ni porque sus ropas se empaparon de sudor a pesar del viento y del frío que los abrazaba, sólo se sabe que su velludo cuerpo se crispó y comenzó a gritarle a su compañero: —¡Rece, Padre, rece! Al mismo tiempo que oró: " Padre Nuestro que estás en los Cielos... ". De la voz del sacerdote se escuchó la plegaria eucarística: —Padre Misericordioso, te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas...

Al conjuro de estos rezos las carcajadas sesaron y abrieron espacio para un llanto angustioso y lastimero. Eso los hizo reaccionar y levantarse apresurados. No recuerdan ni cómo salieron de allí; sólo saben que tomaron sus cosas y pasaron por el lado del cuerpo tirado de la mujer que lloraba desconsoladamente en el suelo la que entre sus sollozos exclamaba: —¡Vete, vete!. De su esposo no encontraron ni su sombra. Corrieron hacia el vehículo al que subieron apresuradamente y en cuanto colocaron la lámpara sobre el asiento, ésta se encendió.

Voltearon por última vez hacia la lomita y se les figuró ver la silueta de la mujer que al parecer se carcajeaba lindamente.....

Eso le ocurrió en 1984 y esa fue la inolvidable experiencia de haber conocido a una mujer poseída por el diablo...

UNA FAMILIA DE MÚSICOS

Paco y Yola alcanzaban un poco más allá de las rodillas de su papá cuando se vinieron del pueblo a vivir a Hermosillo, Felipe todavía cabía en los brazos de su mamá y Margarita todavía ni nacía.

Entonces, Paco ignoraba por qué dejaban su casa de madera, su viejo pueblo de madera, por qué traían las canciones viejas de sus papás, aquel acordeón empolvado y la trompeta de su abuelo y dejaban las sillas que un día vio lijar y las plantas que un día regó. Al pueblo vuelven cada año a las fiestas de muertos: Paco y Yola le platican a los amigos lo que es vivir entre muchos carros, calles y luces. Pero de vuelta en la ciudad a su pueblo no lo olvida porque está en las canciones que a cada rato le cantan su papá y su mamá. En las tonadas que le saca su papá al acordeón cuando extrañan estar allá.

No sabe cuándo fue que su papá le enseñó a tocar el acordeón del abuelo, no sabe cuándo aprendió. No sabe cuándo Yola dejó de crecer al mismo tiempo que él y aprendió a tocar la batería de un sólo tambor. No sabe cuándo la trompeta de su papá ya no asustaba a

Felipe. Pero se acuerda bien del primer día que su papá lo llevó al bulevar donde él solo tocaba la trompeta o el acordeón a los que pasaban. Se acuerda cómo sus papás los hincaron a rezar antes de empezar, se acuerda cómo sintió adentro al oír su música desparramarse por las calles. Los tres tocando, Yola, su papá y él. Los tres haciendo sonreír a los que pasaban.

Sábados y domingos. Paco y su Familia tocando en el bulevar. A las seis, siete de la tarde se iban en dos camiones y una caminata los llevaban a su casa.

Así, cada sábado, cada domingo. Un día muchas preguntas por fin le amanecen. —¿Por qué tocamos... por qué vamos y tocamos para la gente?. Suelta sus dudas que calladas le rodean en la cabeza por días.

—¿Por qué somos músicos, por qué todos los tíos y primos también lo son? ¿Por qué tocamos, por qué cantamos cuando uno de nosotros llora o está triste? ¿Por qué nunca estamos callados más que cuando dormimos? ¿Por qué ponemos los instrumentos a la entrada de la casa antes de irnos a la cama? Sus papás se miran el uno al otro, —es por las brujas, —dice su mamá—, por las brujas. En la noche, después del trabajo su papá les hablará del asunto. El día, la escuela, la tarea, el corretear en los baldíos le pareció eterno. Y no dejaba de pensar en las brujas, —¿por qué brujas?, —se decía.

Es tarde ya, Yola, Felipe y la pequeña Margarita duermen, él no. Él espera en la puerta de su casa las respuestas, que no llegan con su papá hasta que la luna está encima de su techo de lámina. Paco mira a su padre y se da cuenta que ya alcanza más allá de su cinto. Se sientan a la mesa, su madre calienta la cena. Hablaron hasta muy noche. El papá de Paco le contó: "Una vez, hace mucho, mucho tiempo dos señoras muy viejas y muy enojonas llegaron a vivir al pueblo y entonces la gente empezó a cambiar, todos siempre

estaban tristes muy tristes, ya nadie salía a la plaza los domingos. Entonces un día, alguien fue a caminar su tristeza por las calles, pasó por una ventana de la casa de las viejas y se dio cuenta de que ellas estaban contentas, de que estaban felices y sonriendo. Vio su casa llena de cosas y olores raros, se dio cuenta que eran brujas. Reunió a los vecinos y entre todos idearon mil planes para sacar a las viejas y a su tristeza del pueblo. Y nada les salía bien, hasta que a un abuelo de nosotros se le ocurrió que lo que a ellos los ponía contentos a lo mejor a ellas las ponía tristes. Y sacó de su casa el acordeón que ya no usaba y se puso a tocarlo, alguien más sacó una guitarra, otro una trompeta, unas señoras se pusieron a cantar. Las brujas salieron de su casa, tapándose los oídos con las manos y con lágrimas en los cachetes pedían a gritos que pararan la música. Pero nadie se detuvo, toda la tarde y toda la noche la música siguió, todo el pueblo se fue uniendo de canción en canción, las brujas gritaban y gritaban maldiciones, pero ya nadie estaba triste. Las brujas murieron de tristeza, pero sus fantasmas andan por todos lados y si hay alguien triste, quiere decir que las brujas están ahí. Por eso tocamos, para espantarlas, para que ya no aparezcan.

Por eso en la familia todos somos músicos, por eso todos estamos repartidos en ese pueblo o aquella ciudad, por eso nos reunimos cada año en el pueblo el día de muertos a cantar y bailar hasta el amanecer, para que la tristeza de las viejas no nos encuentre en un año."

Al otro día Paco le decía a Yola. "Por eso estamos tocando, por eso nos venimos a la ciudad, por eso nunca recordamos las lágrimas que alguna vez soltamos. Por eso mamá le cantaba a Felipe y luego a Margarita cada vez que lloraban."

El sábado se llega. La caminata y los dos camiones le parecen más largos que de costumbre. Se acomodan

donde mismo y empiezan a tocar. Después de la primer canción Yola, preocupada, le pregunta a su papá dónde están las brujas, él le dice que no están, que no se ven porque ella, porque ellos, tocan para asustarlas, para que los que pasen justo cuando ellos tocan nunca sean hechizados como los del pueblo donde nacieron.

Paco toca feliz, abraza de adentro hacia fuera el acordeón con muchas ganas, para limpiar a Hermosillo de la tristeza que las brujas aún le meten a la gente en el corazón. Y no hace más que pensar que el próximo día de muertos, cuando vayan al pueblo, va a tocar y va a cantar con más ganas que antes.

Silvia Aguilar Zeleny

EL ENTIERRO DEL ÁTIL

—¡Dos mil dólares antiguos, Róber!, ¡de los buenos!. Eso es lo que está enterrado allá.

Todo el asunto que nos llevó a emprender un viaje de poco más de cuatrocientos kilómetros hasta un lugar llamado "El Átil", comenzó de la manera más simple hace algunos años, cuando un día por la tarde llegué a visitar a mis buenos amigos Toñita y Ubaldo —que en paz descansen—. Fue después de saludarlos cuando mi amigo me dijo:

—Fíjate Róber que nos acaba de caer un asunto muy bueno.

Y por su forma de hablar, noté que mi amigo era presa de una gran excitación. Le pregunté:

—¿De qué se trata?

—Me acaba de llegar otro recado de El Átil y nos piden a Toña y a mí que vayamos lo más pronto que podamos a desenterrar los dos mil dólares de monedas antiguas, que están en la casa vieja.

—A ver, Ubaldo, barájemela más despacio, ¿cómo está eso?

—Oye, Ubaldo: ¿y tú conoces bien a esas gentes?, ¿son de fiar?, ¿se puede creer en lo que dicen?

—¡Seguro, Róber!, ya te lo dije: Toña las conoce: además, ya ves que no nos están hablando de cargas de dinero, sino solamente de dos mil dólares. En realidad es un asunto de familia.

Sí. Había algo de lógica en las razones que me daba. Ya dije que el asunto me estaba gustando y aunque no del todo convencido y además al ver el entusiasmo de mi amigo y por no parecer un necio, contesté:

—Está bien, Ubaldo. ¿Cuándo salimos?

—Mañana mismo. ¡Qué bueno que te animaste, Róber! Ya verás; el asunto va estar fácil: llegamos mañana mismo; localizamos la casa; quinientos dólares para cada quien y ¡San Camaleón! Mañana mismo estamos de regreso en la noche.

—¡Pues que no se diga nada más! Los espero en la madrugada para salir temprano y a ver qué suerte tenemos.

No voy a platicar en detalle las peripecias del viaje que realizamos en la charanga de Ubaldo. Diré solamente que a cada rato tenía que hablarle en voz alta platicarle sobre un tema interesante para que despertara y dejara de hacer "eses" sobre la carretera.

Cuando llegamos a nuestro destino, nos encontramos con la novedad de que el rancharo no se hallaba en casa; había salido con varios de sus hijos a cortar sandía, así que tuvimos que esperarlo. Fue una espera larga, tediosa que duró varias horas. El calor era sofocante y sentía todo el cuerpo pegajoso debido al sudor y al polvo del camino. En la cajuela del auto iba una hielera bien provista de alimentos, así que aprovechamos para comer un poco. Pero ni así me sentí mejor. Mi cámara fotográfica había fallado a la hora de llegar y solamente había podido tomar dos fotos. Se hizo de noche. Prendieron un aparato de petróleo que por lo menos sirvió para poder

ver el rostro de mis amigos. Estaban igual que yo: respirando el aire caliente que soplaba y con la piel brillante por el sudor. Me encontraba a punto de morir de aburrición, cuando escuchamos el ruido de un motor y al poco rato, en medio de una nube de polvo, entró jadeando al patio de la casa la vieja pick up del rancho. Varios muchachos jóvenes saltaron ágilmente a la tierra y luego, con un rechinar de las bisagras se abrió la portezuela y bajó un hombre.

—¡Buenas noches!, ¿cómo están ustedes?, ¡qué bueno que vinieron! —gritó a manera de saludo mientras se acercaba a donde nos encontrábamos.

Cuando se arrimó, pude verlo bien a la luz de la lámpara. Tenía alrededor de cincuenta años; era delgado y alto; de piel morena curtida por el sol y el trabajo de campo.

—¡Por fin! —pensé. Ahora sí vamos a escuchar la versión original de todo este asunto. Y lo digo porque la esposa del rancho no había querido platicar del "entierro" hasta que llegara su marido. Después de las presentaciones de rigor, Ubaldo entró de lleno en materia.

—Así que entonces, ¿aquí es donde vamos a echar los aparatos?

—No, —contestó el rancho— va ser en las ruinas de la casa vieja, como a dos kilómetros de aquí.

—Muy bien —dijo Ubaldo.

Y mientras decía esto, pude observar que mi amigo era presa de una gran excitación; como que sabía muy bien que estábamos a punto de entrar en acción.

—¿Y saben más o menos en qué parte de las ruinas vamos a trabajar con los detectores?

—Bueno, pues así exactamente no sabemos en qué lugar.

—¿Pero si son dos mil dólares como nos mandaron decir?

—¡Claro que sí! De eso sí estamos bien seguros, porque la señora que le echó la baraja a mi vieja es muy buena pa' esas cosas y nos dijo que el tata de esta había dejado estos centavos enterrados allí; ¡fíjense nomás!, ¡pensar que antes nosotros ni sabíamos nada!

¡Trágame tierra! —pensé para mis adentros—. ¡Haber hecho este viaje para salir con esta vacilada! En esos momentos sentí ganas, no sé si de apretarle el buche al rancharo o darme yo mismo de topes contra la pared por tarugo. ¿De qué me servía haber andado tanto tiempo en esas danzas?.

Ubaldo no se encontraba mejor que yo porque cuando volteé a verlo, vi que la quijada le colgaba hasta el pecho; tenía la cara verde y no creo que haya sido por estar respirando el humo espeso de la lámpara; parecía que algo se le había atorado en la garganta porque no hablaba y nada más veía al rancharo y luego volteaba a verme a mí y luego otra vez al rancharo, con una mirada de estupor tan cómica que de no haber sido por el respeto que le tenía tanto a él como a Toñita, y porque yo me encontraba en la misma situación que él, ahí mismo hubiera reventado de risa, nomás de ver la expresión de su cara.

Luego de unos segundos que a mí me parecieron siglos, en medio del pesado silencio que se había hecho, se oyó un resoplido cuando al fin mi amigo pudo soltar el aire que se le había atorado al escuchar la revelación del rancharo.

Lo que pasó después no viene al caso relatarlo. Baste decir que mi amigo quería salir de regreso a Guaymas en ese mismo momento, como alma que lleva el diablo y de no haber sido por Toñita, que pudo convencerlo a que pasáramos allí la noche, para regresar descansados y con luz de día, a lo mejor no estuviera relatando esta historia.

Sí. Así son estas cosas de los "entierros". Pero al

fin de cuentas, lo que pasó al día siguiente, ya con todos más calmados y en un lugar en las montañas cercanas de la Sierra de San Juan, a donde el rancharo y su familia nos llevaron y al que llegamos en medio del aguacero y de una tremenda tempestad de rayos, como jamás había visto en mi vida, justificó pero por mucho lo que había sucedido el día anterior. Pero eso, ya es harina de otro costal.

Roberto Galván Mora

C. I. D.

Esta edición consta de 1,000 ejemplares
y se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1999
en el Taller Editorial "José Sapien"
del Departamento de Letras y Lingüística de la
Universidad de Sonora Rosales y Boulevard Luis Encinas s/n
Centro, C. P. 83000, tel/fax: (01)62 12-55-29

La edición estuvo a cargo del Departamento
de Publicaciones de El Colegio de Sonora

Dibujo de portada: Arioc Muñoz Alcalde



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



006815

José Abraham Franco Osuna
Silvia Nieto Sánchez

Ramón Manuel Pérez
Alma Rosalía Campoy Z.

Iván Figueroa Acuña
José Dorian Acosta A.

Sara Corral Domínguez
Nelson González Casaravilla

Romeo Espinoza Figueroa
Miguel A. Noriega Molina

Ricardo Manuel Solís
Rosa Hilda Castillo D.

Carlos R. Pacheco Zamora
María Refugio Avilés Duarte

José Fausto Guerrero Fonseca
Raúl Alfredo Ortiz

Javier R. Bustamante T.

Manuel Hernández Salomón
Silvia Aguilar Zelény

Roberto Galván Mora

